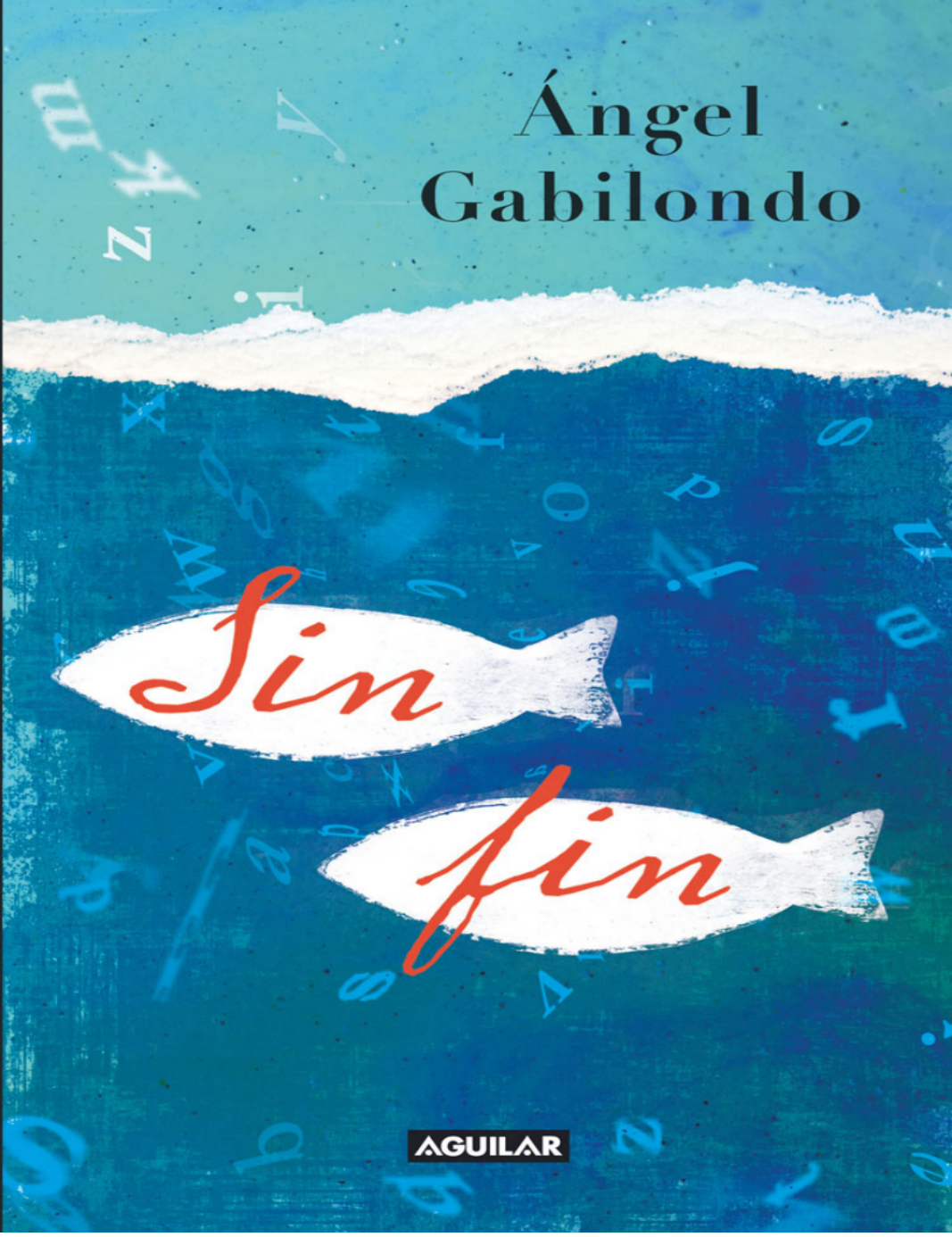
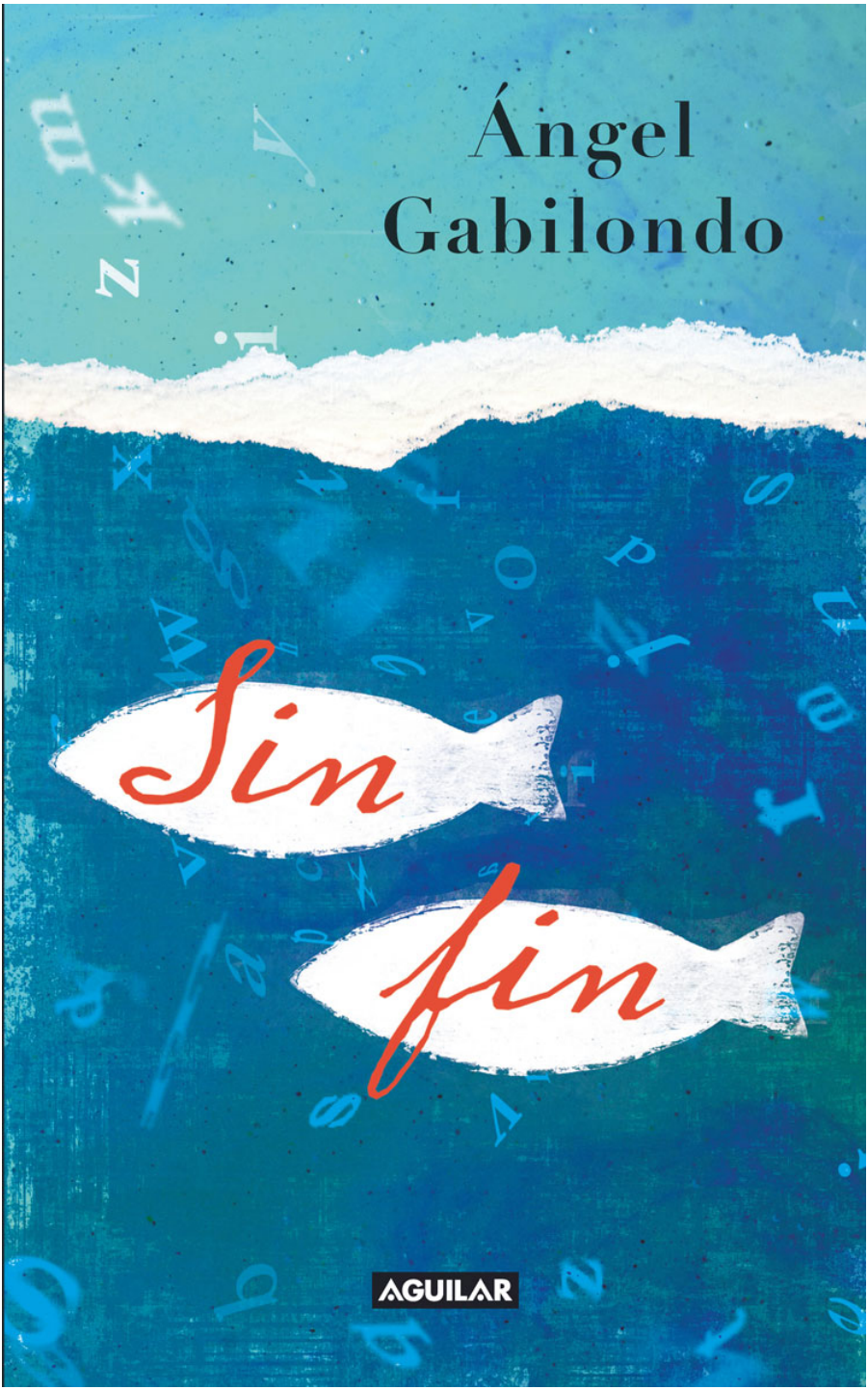

Ángel
Gabilondo
Sin
fin
AGUILAR


Ángel
Gabilondo
Sin
fin
AGUILAR

Ángel
Gabilondo

AGUILAR

Declaración

Este libro es una declaración, no una confesión. No ofrece noticias. Pone de manifiesto, expone lo que quizá nos ocurre o podría sucedernos y lo envía como una carta que no se ha llegado a escribir. No es que falte decisión para remitirla, es que no ha sido posible redactarla. Nos encontramos con las reflexiones, los análisis y los textos incipientes de una carta que queda por escribir. No estamos ante alguien que cuenta lo que vive, lo que le pasa. Aquí se declara una forma de vida que podría ser de cada uno de nosotros. Y se presenta con atisbos de lo que cabría decir, debería quizá decirse. Sin embargo, no son fragmentos ni apuntes. Son textos ya terminados, aunque no acaban de tener punto final. No remiten a un libro oculto, aluden a un texto que está por escribirse y que quizá nunca quepa hacerlo. Pero son la explícita declaración que implica una posición, la de afectos y sentimientos que son pensamiento. Son por ti. Muestran de este modo que incipientemente constatamos que algo nos ocurre, que en algún sentido nos desborda. Algo que nos viene de alguien concreto, singular, que reconoceríamos pero que no estamos seguros de conocer.

Esa exposición corre realmente riesgos, los de una exhibición que de nada tiene que hacer ostentación. Salvo quizá, como suele ser, de nuestras debilidades y de nuestras necesidades. Una declaración es algo que nos pasa en otro, tanto que resulta más nuestro que lo que nos pertenece. Nos disloca hasta hacernos decir. Y crear. Y reconocernos. Si no hay nada que confiar es porque todo queda en evidencia. En esta declaración no es necesario crear ambiente ni producir una ocasión propicia. No es algo de lo que tengamos que informar. Es una comunicación en la que uno se ve venir y sale al encuentro. En esta declaración no hay una fórmula ceremonial. No proporciona ninguna novedad. Quizá se diga entonces al lector, al texto y a nosotros mismos lo que no se puede sino mostrar. No hay declaración si no sucede en cada cual. De hacerlo, se alumbrarán nuevas posibilidades.

Hay quienes sensatamente consideran que lo razonable es callar acerca de nosotros mismos. No sólo por prudencia, también por pudor y, más aún, por un respeto a nuestra propia intimidad, a la de los demás y un concepto de la austeridad y de la discreción de la que se

deduciría que es improcedente ir aireando lo que uno siente o piensa. Que algo sea sensato o razonable no significa que todos interpretemos en el mismo sentido y con idéntico alcance lo que, en su caso, podríamos llegar a compartir. Lo interesante del asunto no es que silenciamos algo que bien sabemos y conocemos, como si se tratara de tener a buen recaudo un sentimiento o una confidencia. Lo destacable es que hay algunos asuntos que sólo conocemos cuando hablamos de ellos. Lo hacemos no sólo para transmitir lo ya pensado, sino para ver qué podemos llegar a pensar. Hablar y escribir no son la mera proyección de hechos ni de deseos, sentimientos ya perfilados que aguardan ser liberados por la exteriorización, por la sinceridad o por el descaro. No son mera exhibición. Podrían, deberían, ser también creación de posibilidades y, sobre todo, creación de uno mismo y de un mundo abierto. No es que necesariamente sean una ostentación, quizá son una búsqueda, una demanda, una llamada, una convocatoria. Y una muestra de afecto. No siempre ni sólo singular, pero con tintes particulares o individuales.

Lejos de una sucesión de ocurrencias, en ocasiones la palabra nos viene del otro. No surge de un interior que quiere exteriorizarse, como una confesión que desvela un gran secreto. También perseguimos cuanto decimos, buscando precisamente poder decirlo, para que sea. Y en este sentido es muy fecundo y muy provechoso dudar. Al hablar siempre se inauguran nuevos silencios, se abren otras posibilidades de callar, se deja de decir. Por eso es tan importante correr el riesgo de vérselas con algunos asuntos, de mostrar lo que sentimos, sin necesidad de explicitar lo que sólo nos pasa a nosotros.

Buscar decir es un gesto de confianza, no tanto en uno mismo cuanto en los demás. Esperamos ser comprendidos, que quien nos escuche recomponga si es preciso nuestro discurso quebrado, en ocasiones inconexo, no más ni menos que nuestras vidas. O, en su caso, sobrelleve con afecto esa fragmentación, sabiendo que somos una pluralidad de formas y de vidas. No es cuestión de disfrazar de homogeneidad lo que tal vez se limita a buscar coherencia. Quizá por ello no estamos ante un relato lineal, como no lo es nuestra vida, ni nuestras conversaciones. Y si esa narración se presenta con alguna persistencia no será por la de la vida de quien la hace, sino por la de la vida que da que decir, tratando de encontrar quien se entregue a hacerlo. Hablamos y escribimos escuchando, correspondiendo, dejándonos decir, procurando que la palabra haga no sólo en nosotros, sino con nosotros. Por eso, cuanto podría llegar a decirse es ya una respuesta, inviable sin ti, imposible sin la instancia, la referencia, el impulso de un afecto concreto que espera y que a la par hace. Tanto que en cierto sentido únicamente así se vive en verdad. *Tenía que decirlo* y *tenía que decírtelo* son ahora dos formas similares de subrayar

que *tenía que decirme*. Hay quienes por ello mismo nos hacen ser, no sólo expresarnos. Y lo curioso es que con ellos, con ellas, se vincula esa manifestación con esa forma de ser, tanto que uno es también lo que dice y lo que hace. También y fundamentalmente. Y ésa es la verdadera declaración. No es necesario que adopte la forma de una frase o de un escrito, pero cuando es así se incorpora de modo determinante como sólo la palabra pública, dicha o no con cautela y reserva, puede hacer. Decirlo es responderte y corresponderte.

Comunicarse y relacionarse con quien no tenemos, ni poseemos, ni es propiedad no es extravagante. Lo contrario sería imposible, si pretendemos reivindicar los afectos. El trayecto es duro y cansado, pero qué decir de la meta. Nada es menos soportable que el tratar de habitar en ella, en un lugar ya alcanzado, que sería nuestra clausura. Nunca diremos con vida «ya está». Para hacerlo, deberíamos habernos ido. Los afectos son siempre una búsqueda. Nuestro propio fin proviene de la palabra de otros, no lo decretamos como sucedido en nosotros mismos. En realidad, esta carta queda por escribir, no simplemente porque te necesito para escribirla, es que si nos juntamos a redactarla será sin fin. Y es lo que ocurre.

No tengo palabras

En realidad, siempre parece que no hay palabras para expresar lo que sentimos, aunque quizá sí para decirlo. Porque hablar es más que expresar. Y decir es más que hablar. A veces hablamos mucho y no decimos nada, y otras expresamos en palabras y sin embargo no hablamos. Es enigmática y necesaria la relación entre el decir y las palabras. Decir palabras es mejor que decir con las palabras, porque éstas no son simples instrumentos o medios. Todo esto para subrayar que en muchas ocasiones me veo desbordado por lo que no sé cómo definir. Y pienso que quizá decir consista en ese desbordamiento.

Me gusta que decir me supere y no se deje recoger ni reducir a un puñado de palabras. Me gusta que las atraviese, las borre, las lance, las utilice. Sí, las utilice. Tal vez decir sea reconocer que, en última instancia, no tenemos palabras. Ni nos pertenecen, ni las poseemos, ni son en rigor nuestras. Y menos aún, sólo nuestras. Las usamos y ellas también nos usan y abusan de nosotros.

Sin embargo deseo decirlo, deseo decírtelo. A lo mejor lo más sensato es recurrir a las palabras que conozco, a las expresiones más sencillas y habituales y, sin grandilocuencias y lejos de todo tono pretencioso, hablarte. Pero no me resulta fácil. Enseguida me trato de explicar, de corregir, y paso a precisar. Y si me descuido, a discutir o al menos a debatir. Acaso sea esta una buena salida, conversar. Entonces ya no tendré que decirlo yo. Lo que sea se dirá a través de lo que digamos cada uno de nosotros. Eso me anima. Pero hoy quería decir algo muy personal, que creía singular. No sé si era una noticia, o una declaración. Quizá. Y tal vez debiera intentarlo. Voy a hacerlo. Deseo decirte que sin ti no sé decir. Suena a que no sé vivir. A lo mejor es eso.

Siempre que pienso que tengo que hablar con alguien es porque si se trata de algo realmente importante, no hay modo de decírselo. Encuentro inadecuada cualquier expresión por más que ensaye o prepare el argumento. Es como si sólo en ese instante nacieran las palabras, como si hubieran de inventarse para la ocasión, como si sólo fueran ellas en el momento mismo en que se encontraran en esa tesitura y se alumbraran. Incluso, como si no valieran de una vez por todas. Aprender a hablar en cada ocasión es sentir la emoción de una primera vez, de lo que nunca antes dije. Al decírtelo, aprendo a decir.

Pero no valdrá para ninguna otra vez. No tengo palabras. Me vienen de ti.

Mi madre la noche

No sé qué tiene la noche. No soy especialmente noctámbulo. Tal vez es por eso. No lo sé porque no lo soy, o no lo soy porque no lo sé. Esta relación entre el no saber y la noche me atrae especialmente. Siempre he creído que era una posibilidad, un espacio para la sorpresa, para lo inaudito, para lo inesperado, para entregarme a lo más desconocido, a lo que no se deja recoger en un pensamiento. Dicen que es oscura, tanto que en rigor la noche nunca puede verse. Es un no ver. Ahí podría radicar otro de sus misterios, de sus encantos. Tal vez hasta el extremo de que el extravío fuera tal que ya ni uno mismo pudiera saber de sí. Quizá, entonces, pase a ser mi refugio, mi hogar, cuando el desamparo viene sin miramientos.

Hay algo de confusión en la noche, como si los perfiles se desvanecieran o no se marcaran. Y tan insistentemente que un mundo de sueños y de sombras nos permitiera vislumbrar otra realidad. Curiosamente entonces alzamos la mirada y la tierra y los cielos se confunden, tanto que somos nosotros quienes resultamos confundidos. Y mis propias palabras se silencian indiferentes unas respecto de otras. Balbuceo, tartamudeo, casi sólo puedo esbozar sonidos. Prácticamente retorno a aquel lugar en el que mi único decir era el del latir de quien me cobijaba. Allí se preludió mi alumbramiento. Y allí retorno cada vez, cada día, cada noche.

Me desenvuelvo así entre mi nacimiento y toda despedida. Es en efecto la noche y siempre cada noche festejo el día en el que vi la luz y me viene a la memoria el lugar en el que ella alimentó mis sueños. Quedo así sin palabras y siento todo con una intensidad de la que no cabe recuerdo. Mis movimientos son torpes y soy capaz de sentir ternura por mí mismo. Floto en tu vientre en espera de nacer y no soy capaz de saberlo. Busco cada vez tu cercanía y siento en cada ocasión tu pérdida. En cierto modo aquel día me despedí para siempre de ser uno contigo. Siempre he creído que ese día es hoy. Quizás alguien me aguarda con los brazos abiertos y entonces sólo seré capaz de arrancar a llorar. Habré nacido.

Adolescente y en francés

Hay momentos en que oigo una música francesa que no reconozco. No estoy seguro de que suene en parte alguna pero se me hace presente, consistente. No me pregunten por qué es francesa, pero es tan evidente que resulta inexplicable. Quizá porque tiene tanta ternura como tristeza y sin embargo no resulta melodramática. Tal vez porque enlaza con lo que siempre uno tiene de adolescente, con esas lágrimas sin todo el dolor posible, con ese desamparo que no es definitivo, con esa soledad que espera solución. Adolescente y en francés, con buena música uno podría durar toda una vida. Incluso sería posible vestir de una determinada manera, abandonado pero con un exquisito cuidado. Ese aparente descuido no es dejadez, es una toma de distancia para conformar una singularidad, para mostrarse suficiente, aunque es el espejo de una necesidad. Siempre la misma, la de ser apreciado, la de ser aceptado, la de ser querido. No dejamos de ser adolescentes en francés, lo que, como decía, conlleva, un desaliño elegante.

No es una música extraordinaria pero la oigo maravillosa. Enlaza con folios, escritura, libros, más que con sobremesas. Tiene sones más de velador que de salón, más de primavera o de otoño que de verano o de invierno. La oigo y considero que no todo está acabado, y termino por recibirme a mí mismo con afecto, y comprendo esta sensación de que el tiempo vela mis sueños. Y me parece que alguien en otro lugar también la escucha con una emoción apasionada, y que suave y lentamente se deja acariciar por lo imposible.

Llevo años tratando de identificar la letra y poco a poco escucho palabras sueltas. Ayer oí «toujours» y hace no mucho «aimé». «Siempre» y «amado», no me pareció mal. Pero últimamente encuentro que se reiteran en exceso las palabras «moi», «je» y pienso que quizá esa música francesa tiene demasiado de mí, me emborracha de cosas mías. Por eso quiero que me cantes tú, que me hablas de ti, que me saques de mí mismo. Y sin embargo lo haces de la mano de esa misma música tan francesa, tan nuestra. Acabo de oír «larmes» y con esas lágrimas plenas de gozo, sin melancolía, me dejo llevar por una melodía que me acuna con una mano más mía que la más propia. Ya no adolescente, ahora niño, oigo adultamente una canción deliciosa.

Va por ti, va por vosotros

No es tan fácil describir aquello que nos mueve. Podría resumirse mal diciendo que es el instinto de vivir, pero eso es tan verdadero como insuficiente. A veces me sorprendo lleno de pasión y de ganas, con ánimo y con fuerzas, dispuesto. Y en alguna medida lo encuentro inexplicable. Es como si uno estuviera por encima de su propio vivir y no hubiera modo de entenderlo. Miro dentro de mí, me detengo en lo que soy, en lo que me sucede y, en última instancia, lo razonable sería ir tirando. A fin de cuentas, no es para tanto. Más bien lo sensato parecería encontrarse algo desalentado y, por supuesto, desenvolverse con mediocridad y sin aspavientos. Quizás es lo que hacemos.

Pero ni siquiera una vez expuestas todas las razones, y analizadas todas las causas, se acaba de entender por qué en ocasiones estamos tan bien o tan mal. Claro que, si nos fijamos, encontramos numerosas explicaciones, aunque ni serían suficientes para los demás ni siquiera, en otros momentos, para nosotros mismos. Sin duda influye esa capacidad de sobreponerse a la propia situación, el coraje, la decisión, la valentía, la fuerza. En definitiva, la entereza y, aún más, una integridad que no es sólo física. Ojalá las tuviéramos. Démosle vueltas y vueltas y, tal vez analizado todo del todo, no quede explicado en absoluto. Y hasta tal punto que considero que para comprender algo he de mirar en otra dirección.

Consideremos la posibilidad de que, salvo necesidades absolutamente decisivas, que no son tantas y, al margen de ellas, lo que nos ocurre tiene mucho que ver con los afectos. Si estamos afectivamente bien, lo demás resulta muy llevadero e incluso agradable. Esta sencilla declaración merece ser recordada de vez en cuando. Así visto, comprendo que no siendo mi vida para tanto me encuentre en ocasiones tan dichoso. Es por ti, es por vosotros.

No es que todo se resuelva porque existas, porque existáis, es que resulta más apacible convivir con algunos problemas y cierta desazón si estás cerca, a mi lado. El aliento no surge, sin más, del interior, nos viene del otro, de quien nos quiere, acompaña y desafía. Hasta tal punto que acaba siendo no ya sólo un estímulo, sino una razón para proseguir. No es sólo contigo. Ahora es ya por ti. Y va por vosotros.

Necesito de ti

Nos asusta necesitar de alguien. Nos gustaría ser autosuficientes. Pero no estoy seguro de que ello sea lo mismo que ser autónomos. La decisiva autonomía personal es un signo evidente de nuestra libertad. Pero comprobar que solos no podemos todo es tan importante como reconocer que no debemos depender una y otra vez de los demás en cada uno de los detalles de nuestra existencia. Sin embargo, necesitar no es exactamente depender. Es más y menos a la vez. Quizás amar es precisar de alguien sin exactamente necesitarlo. No es la necesidad la que ha de mover el generoso querer. Pero, por otro lado, la obsesión de que necesitamos de alguien para vivir, no indefinido, sino alguien bien concreto y reconocerlo, y decírselo, no es ningún signo de impresentable interés.

Somos seres necesitados, y lo somos y siempre. En los momentos más difíciles de nuestra existencia cambiamos de necesidades, incluso somos capaces de inventárnoslas, de crearlas, burguesamente de incrementarlas de modo insensato pero, con independencia de ello, siempre habitamos necesidades. Bien sabemos que las hay fundamentales, decisivas, elementales, tan elementales que en ocasiones ocultan otras también determinantes. Necesitar de los demás y reconocerlo serena nuestras ansias de confundir el valernos de nosotros mismos con ignorar que con los otros incrementamos nuestras posibilidades. No es tan abstracta, sin embargo, nuestra necesidad. Lo desconcertante es que, en ocasiones, precisamos de alguien singular, irremplazable, insustituible, no porque todos somos únicos, sino por ser él, por ser ella.

Necesito de ti. No me engaño pensando que es normal precisar de alguien. No eres alguien, eres tú. Compruebo en cada ocasión que si no estás, todo es diferente, todo es peor. Ni respiro igual ni me divierto tanto. Más aún, ni siquiera la vida me parece para tanto. Cada instante resulta plúmbeo, insulso, reiterativo, gris. Cuando estás a mi lado me encuentro más decidido, más fuerte. Y, lo que es determinante, más comprensivo y más exigente a la vez. Más comprensivo con los otros, más exigente conmigo mismo. Incluso sobrellevo cómo soy sin dejar por ello de buscar mejorar. Me embellece tu compañía, crezco a tu lado. Todos lo notan, todos lo saben, todos lo comprueban. Soy incluso en ocasiones agradable. Por

ti, pero no sólo para ti. Ya no me imagino una vida intensa, comprometida, laboriosa, si no estás conmigo, si no luchamos juntos. No es que tu presencia me venga bien, es que sin ella no vivo. Casi diría que contigo me ocurre algo que no sé explicar. Me desvivo más por todo y eso me parece paradójicamente vivir. Y mis convicciones se confirman y esponjan y mi humor tiene sentido, y mi cuerpo se sobrelleva a sí mismo. Y ya no busco excusas, sino razones. Me despierto cada mañana dispuesto a la tarea. Y no me asusta. Te necesito para no ser un lamento. Necesito de ti como sólo el amor necesita. No es que me hagas falta, es que deseo que me ocurra lo que me pasa, que sin ti me falta todo.

Compartimos convicciones

Suele decirse que es conveniente ser muy diferentes para que una relación tenga alicientes, encanto, interés. No lo descarto. Pero de entre todas esas diferencias que tanto alegran nuestra existencia, pondría en entredicho que sea fecundo no compartir algunas ideas. Sin duda, no es necesaria una plena identificación. Ni aconsejable ni posible. Es cierto que no es indispensable ser de una misma militancia, región, confesión o club. Si bien compartir algunas convicciones no implica que sólo podamos relacionarnos con quien las tiene como nosotros, resulta aconsejable que determinados principios y valores encuentren espacios consistentes, comunicables y similares. No siempre para estar de acuerdo, pero sí al menos para que el debate no sea de oídos sordos. O para que sea posible sintonizar siquiera en aspectos clave.

Algunos parecen poder convivir diaria y próximamente sin tener nada que ver con quien no les aportará jamás posibilidad alguna de ver otras cosas ni de verlas de otra manera. Porque incluso para no estar de acuerdo es indispensable que estén asentadas las bases a partir de las cuales disentir. Y, puestos a compartir, entiendo que hemos de hacerlo sobre ciertas ideas, sobre la sociedad, sobre las formas de vida, sobre las actitudes que requieren nuestro compromiso, sobre los otros, sobre aquellos aspectos o valores por los que luchar, que perseguir, a los que entregar tiempo y existencia.

Me gusta indignarme con alguien por algo, por una situación que considero injusta, impropia, inadecuada. Combatir por algo con alguien no siempre significa hacerlo contra él, contra ella, es también afrontar a la par un desafío. No es la simple alineación. También supone debate, controversia, pero nunca la confrontación como coartada para la parálisis. Poco une más que luchar juntos por algo.

Me gustas porque alimentas tus ideas y tus convicciones con la acción diaria, con la labor y con el compromiso, con la tarea bien hecha, porque no renuncias en las dificultades, porque prefieres la decisión a la desesperación y porque no te refugias en el cómodo y lujoso desencanto. Y porque, puestos a transformar la realidad, empiezas más por ser exigente contigo misma que por imponerme otro modo de ser. Y en ello alimentas la solidaridad y la responsabilidad de modificar lo que no es justo. Y eso a mí me enamora aún más. De ti.

Heredar posibilidades

A veces reconozco en mí detalles que me parecen reiterar algo que vi en otros. Quizá mis padres, o un buen amigo, tal vez algún profesor. Más me sorprende que quienes les conocen o conocieron subrayen lo mucho que tengo que ver con ellos. No son sin más rasgos físicos, que se acaban recibiendo de una u otra manera, son gestos, respuestas, sentidos, hasta del humor, reacciones, gustos, preferencias. Pueden llegar a ser pensamientos, convicciones, valores, pero sobre todo se trata de modos de afrontar y de responder a determinadas situaciones, o de crearlas. En ocasiones no sólo me gustan quienes comparten esos detalles inclasificables, sino que reconozco que me gustan porque conocieron a otros que eran como aquellos a quienes yo reitero en mis gestos. Es como si en verdad quienes incidieron en que seamos como somos tuvieran algo que ver. Y no es tanto el parecido entre nosotros, sino entre ellos. Tal vez lo razonable es suponer que nuestros padres o abuelos se conocieran entre sí. De lo contrario parecería inexplicable. Pues puede que lo sea, porque hablamos de quienes no se conocieron. No está claro dónde radica este aire de familia. No es que nos miremos de una manera, es que miramos algo y vemos cómplicemente. Sospecho que hay, más que un tronco común, unas mismas raíces o, aún más, que habitamos la misma tierra. Y esto es menos frecuente de lo que podría suponerse. No es cómo nos vemos, ni siquiera cómo miramos, es cómo vemos y miramos juntos. Tanto que cuando te veo es como si ya te viera mirándote conmigo. Es como si ya viera junto a ti, incluso aunque sea a ti a quien veo. Por eso estoy tan agradecido de haber conocido a quienes me han procurado estos modos de ver, y más aún, a ti, porque contigo se revive la vida que de ellos recibí y ahora, a tu lado, la vengo recibiendo.

Parece mentira pero eso que acabas de hacer lo hacía mi padre, en eso que dices insistía mi madre, así hubieran reaccionado ellos, te hace gracia lo mismo que les divertía e incluso esas mismas cosas se las oí. No les busco en ti. En ti todo resuena nuevo, de nuevo, porque ésta es la única manera de repetir, reiterando de otra manera, haciendo lo que nunca hicieron, pero de un modo muy suyo. Sólo se concibe porque, aunque hicieron otras cosas, tienen tanto que ver con esto, que lo engendraron. Heredamos no sólo realidades, heredamos posibilidades. También gracias a ello me gustas.

El día de la ausencia

La ausencia no es sin más una distancia. Ni siquiera se limita a oponerse a la presencia. Cuando alguien está ausente es algo más que que no está o que se ha ido. Quien ha sentido esta experiencia conoce lo que le ocurre al tiempo y al espacio en esas ocasiones. Todo se espesa y sin embargo carece de contenido, no sólo de sentido. No es que lo que pasa parece ya no interesarnos, es que en verdad no ocurre nada. Nada que pueda siquiera oponerse o contrastarse con lo que falta. Es que efectivamente nada hay. Y esto es lo curioso que, siendo nada, precisamente por serlo, existe con una contundencia que nos impacta.

Quien nos falta lo envuelve todo, lo invade todo, lo inunda todo, lo riega todo, lo vivifica todo. Hace sin estar y entonces brilla por su ausencia. Ni siquiera es posible encontrarse de mal humor. Es como si uno mismo no estuviera en sus cabales, pero sin embargo se hallara más en su ser que nunca. No hay reloj capaz de medir ese tiempo, no es cuestión de kilometraje. Incluso podría darse en determinadas cercanías físicas.

Esta vez te has ido. Y como ocurre en estos casos, aunque sea casual o brevemente, en toda despedida se anuncia la marcha definitiva cuyo nombre no es preciso recordar. Bastó sentir el sonido de la puerta, o ver tu espalda u oír tu fórmula de despedida para saber que empezaba el día de la ausencia, que a veces dura semanas, incluso vidas enteras. Porque no queríamos irnos. No era una separación deseada, buscada, sólo una separación necesaria. Para unos días que, quizá, sean un inconcebible conjunto de breves eternidades. Es la paradoja de la ausencia. Siempre es absoluta. La falta es decisiva, pero no hay pérdida, sólo pausa, aunque sin consuelo.

No es que me dé lástima, pero es difícil no sentir pena. Trataré de encontrarte en los objetos, en los lugares, en las músicas, en los olores y en los recuerdos. Te buscaré en cada rincón de mi cuerpo, no en lo que veo sino en mi memoria, en mi mirada. Procuraré no conducir cada momento al camino de los lamentos, ni de las lágrimas, pero quizá las necesite. Todo se ha inmovilizado. En cierto modo, ha fallecido. Lucharé para no fusionarme con este aparente silencio que no es sino la seca voz de la resignación. Me cuidaré para ti, porque esta ausencia no está vacía. Es la que preludia tu retorno. Incluso en

estos días inmóviles, voy a ti.

El miedo de que sea verdad

Hay quienes consideran que amar es pelear para no perder a alguien. Tal parecería que es su posesión. Sin embargo, algo nos dice este deseo de tener a quien quizá, a pesar de convivir juntos, nunca tenemos. Menos mal. Mantener, retener, contener no son modos adecuados, pero es razonable un determinado temor. En definitiva, la pérdida forma parte del vivir y, desde luego, de esa intensidad difícil de caracterizar que entrevera los lances amorosos. Llega poco a poco, pero siempre como irrumpe un rayo. Y quizá se diluya como la fugaz luz de un relámpago. Sin duda obedece a causas, pero tiene algo de súbito, un aire inesperado. Tenemos que hablar, se dice. O ya está todo hablado, que es otro modo de decirlo. Se confirma así que ya no es cuestión que se resuelva hablando.

No se trata simplemente de que no queremos desprendernos de lo que valoramos, ni del razonable temor a encontrarnos más solos. Podemos incluso sentir miedo. Tal vez desde antes de iniciar una relación, hasta el punto de resultar paralizante. Miedo no ya al fracaso, sino miedo a un supuesto éxito que se esfume o se disuelva, que se diluya o desaparezca. Siempre existe algún temor, algún miedo que ofrece el rostro de la cordura, pero incluso la prudencia, que es más aconsejable, tiene su punto de insensatez. El miedo es muy sensato, pero al amor le basta con ser prudente. Sin valor, sin valentía, no cabe hablar de entrega.

Ahora que ya he vencido esos miedos, es decir, que he aprendido a vivir con ellos, no tanto como para dominarlos, no sólo me asusta la separación, me inquieta más la distancia, el desencuentro, la incomunicación. Sé que ellos sostendrán el final, no para impedirlo, sino para confirmarlo. Y lo he sabido, esto es, no lo he dejado de aprender, cuando al despertarse los afectos alguien me convoca con su modo de ser, con su forma de decir y de vivir, con esa belleza incuestionable que armoniza en la pasión la inteligencia que se hace cuerpo. Entonces el atractivo se queda pequeño ante la atracción que se despierta. Una vez más el amor deslumbra en el amante y no tanto en el amado. Esta mirada no es trastorno, hace alumbrar la belleza existente.

Ahora comprenderás por qué este miedo no es timorato, tiene su descaro, su audacia, su entrega. En definitiva, me temo a mí mismo,

que es una forma de decir que ya siento que algo me pasa en otro, en otra, en ti. No es que no quiera defraudarme o fracasar, ya que no está tan claro qué sería eso, ni que simplemente no desee hacerte daño, algo lógico y un poco arrogante, es que estoy tan convencido de la bondad y de la verdad de mi encuentro contigo que simplemente quiero que nos vaya bien. No está la vida para derroches y sobre todo hay siempre un tiempo, aunque sea el de la existencia, que es una distancia no que recorrer, sino por vivir. Hay que ser generoso para decir sí a la vida, pero no siempre es fácil reconocerla. El ensueño, el capricho, la ilusión parecerían turbar la lucidez, tal vez incluso para algunos el amor, pero, al contrario, forman parte de ese modo de ver tan contundente que atemoriza y que más o memos se formula diciendo que sin ti no puedo vivir. Y es así.

Abandonar la cuna

Ahora que lo pienso, de niño era un poco mayor. Es más frecuente de lo que parece. No se trata de una madurez prematura o incipiente, sino de una suerte de tristeza. No es una lucidez ni una grandilocuente trascendencia, sino una sencilla constatación, la de que a pesar de que me divertía o sufría, siempre me resultaba que no era para tanto. Comprendo que cuando no nos pasa nada especial, ni falta que hace, tendemos a dramatizar o a subrayar una y otra vez lo sorprendente de cualquier menudencia. Ahora nos corresponde coincidir con aquel modo de ser que tenía unas dosis de austeridad bien atractivas. Es agradable encontrarse con quien las posee. Lejos de toda mediocridad o tibieza, lejos de cualquier resignación o sosería, lejos de la indiferencia o de la claudicación, en ocasiones es como si comprendiéramos que resultamos excesivos. Y como si, a la par, supiéramos que, de no serlo, casi nada da para mucho. Lo normal es que las tardes caigan en brazos de la noche. Y no está mal, pero es así.

Este silencio de tantas horas, que ninguna actividad aplacaría, tiene siempre tintes de ocasión perdida, de tiempo propicio desaprovechado, de derramamiento infecundo de uno hacia sí mismo. No bastaría ni con soñar. En estas condiciones sería ensoñamiento. Ni con imaginar. En tal caso no pasaría de ser suposición. Ni con desear. Cuando se está en ésas, uno se limita a querer algo. Y entonces nos quedamos quietos. No hay inquietud. Fijados. No hay movimiento. Es como si lo sensato fuera no crecer. Y no faltan quienes optan por no hacerlo, con resultados tan patentes como patéticos.

No sé qué tienen algunas miradas que aún preservan aquellos ojos perdidos de quien estaba más extraviado que ellos. Hay momentos en los que uno se siente clavado con los mismos clavos que entonces parecían impedir cualquier movimiento. Ésa era otra escuela, aquella en la que aprendimos a temer esperar demasiado, en la que supimos que nunca tendríamos del todo aquello que saciara nuestra hambre, nuestra sed, sin reposo en alimento alguno. Aprendimos a que no ocurriera mucho. Cada cual tuvo su rincón, en el que atisbar que lo más luminoso jamás sucedería. Y que quizá sólo cabría esperar que no ocurriera algún desastre.

Sólo la irrupción inesperada de alguien, de alguien otro, otra, puso en cuestión esta sensata posición. Y ya constatamos que nuestro

envejecimiento se inició tan al amanecer que sólo parecíamos preparados para que no llegara nadie con cantos de sirena. Puestos a compartir o a amar sería cuestión simplemente de sobrellevarse como se sobrelleva la existencia. Un profundo aburrimiento anudaría nuestras vidas y ello nos daría paz, demasiada paz, un descanso en paz.

Tienes menos cautelas que las que puedo soportar. O si las tienes, las has puesto a la intemperie. Quizá por eso que no sabemos denominar y encamina vidas humanas en la misma dirección. Ya no me conformo. Ya no me resigno. No me basta con no confundirme. En definitiva, es como si no nos atreviéramos a desear, como si todo estuviera lleno de resquemores disfrazados de argumentos. Tú has traído desnudez para ese niño tan arropado de madurez. Y ahora, ya sí, estoy tan dispuesto a correr mi propia suerte que la encuentro ligada a tu liberador afecto. Y podré por fin despertar lejos de mi cuna.

Esto no tiene sentido

Nos pasamos la vida buscando el sentido de las cosas, por no decir, de todo. Suponemos que lo tiene y, esforzada y persistentemente, lo perseguimos. Lo queremos encontrar. Se nos dio a entender que se trataba de eso, de profundizar en la aparente confusión e incertidumbre en la que nos encontramos porque, si nos fijamos bien, tras este conjunto de incongruencias e inconsistencias hallaremos una profunda razón explicativa que nos permita comprender. Supongamos que no es así y soportamos sin desaliento que la vida carece de sentido salvo, digámoslo con celeridad, que se lo demos nosotros. No es procedente, por tanto, echarle la culpa, como si su sentido, tan suyo, tan propio, no fuera con nosotros. Por supuesto que pueden ocurrir, mejor, ocurrirnos u ocurrir a alguien, auténticos sucesos, desgracias o alegrías de tal envergadura que por sí solos ni tienen sentido ni parecen necesitarlo. Son lo que ocurre y ya con ello resulta bastante, incluso excesivo. Requieren mucho pero no necesariamente sentido.

La insistente necesidad de dar con el sentido de algo olvida que somos nosotros quienes, si somos capaces, hemos de dárselo. Lo que hay, lo que ocurre, lo que existe, lo que nos pasa, no tiene sentido. La vida no tiene sentido. Sigamos sin precipitado desánimo este presupuesto. Y podemos hacerlo precisamente nosotros, hombres y mujeres mortales de necesidad. La grandeza de nuestra libertad consiste en que, a pesar de ser insignificantes, de carecer de sentido y de significado, somos capaces de dar sentido. Es más, en realidad, y esto ocurre asimismo en el eros, en el amor, hay cosas que uno sólo tiene si las da. Cosas que no son simples cosas, cosas que ponen en ridículo que se les considere meros objetos. Cosas que son la sal, la cosa, de la vida.

Por eso valoramos tanto nuestra libertad, que no es sin más la capacidad de decidir, de elegir, es también la posibilidad de hacerlo, la autonomía personal, la creatividad, la curiosidad, la fuerza para arrancarnos a un limitado horizonte y, en este contexto, el poder dar, el poder de dar. Esta donación no es ya sólo la que da sentido a las cosas, es que da sentido a nuestra propia vida. Y ahí radica el secreto que es tan de la superficie que a veces, enredados en profundidades empeñadas en buscar y en dar fundamento a todo, no lo reconocemos. Y es lógico, no existe previamente. Porque nosotros, que no tenemos

sentido, somos sin embargo la libertad de dar sentido. Porque nosotros, que no tenemos sentido, lo recibimos al darlo. Podríamos preguntarnos cómo es posible que demos lo que no tenemos. Es que, insisto, hay cosas que sólo se tienen cuando se dan, como las gracias, como el amor.

A veces tratamos de entender demasiado, que es tanto como querer controlar y dominar. Puestos a poseer, deseamos guardar a buen recaudo el sentido de las cosas, el enigma de la existencia, en nuestra caja de caudales, disfrazada de memoria, de pensamiento. Pero el sentido requiere libertad y generosidad, no celosos guardianes. Encontrarse con quien compartir esta tarea permanente de dar color e intensidad a cada instante es un privilegio extraordinario. Ello es ya, en ocasiones, suficiente. Hemos gozado de esos momentos, cuya verdad no la mide la duración, de esos espacios que vencen al tiempo y en los que ni siquiera cada uno de nosotros por separado hacía su labor. Juntos, lo que nos unía, lo que nos une, dictaba y alumbraba el sentido. Y, sin embargo, era el de nuestra libertad.

Tu austero decir

Me gusta la gente austera. Casi diría que me deslumbra. No hablo de las estrecheces impuestas por la existencia, ni propongo que las celebremos como una cualidad. Al contrario, se trata de combatirlas. La pobreza es un mal. La austeridad, no. Y, como suele ocurrir, no es tan fácil saber de qué estamos exactamente hablando. Sin embargo, hay indicios que en ocasiones acaban siendo clamores de austeridad. Por ejemplo, la austeridad tiene mucho que ver con nuestra forma de decir, que siempre es una forma de vivir. Esto es más que nuestro modo de hablar. Y, por supuesto, no hay que confundirla con la poca locuacidad. Algunos hablan mucho y son austeros, otros callan y no siempre austeramente. La austeridad no es una reserva, es una entrega que consiste, para empezar, en no ser intransigente ni exigente ni grandilocuente. Se trata de no entregarse a la pompa de los fundamentalismos. Dudar es un signo de austeridad que no se permiten quienes tienen urgencia en dilapidar.

La austeridad no es resignación y si tiene algo de la paciencia es porque convive en determinados ámbitos con la prudencia. Quien es austero resulta sencillo incluso al exhibirse. Me atrae la austeridad de ciertos silencios, pero me conmueven esos modos de decir en los que parecen irse tachando los vestigios de arrogancia que se quedan adheridos a algunas buenas palabras. Aspirar a ser austero es un modo de aprender permanentemente a hablar, a decir. Porque no se trata de ser austero sólo en épocas de dificultad. No es una simple estrategia ni un mero instrumento. Es un modo de ser y de vivir que se hace singularmente elocuente cuando es posible no serlo.

Siempre me deslumbró tu elegante sencillez, pero ahora sé que se alimenta de una austeridad que no es conformismo sino sana ambición, la de no entregar la vida, digámoslo así, a exuberantes tonterías. No sólo por tontas, sino por excesivas. La austeridad no es ostentosa ni siquiera por defecto. Es discreta, mesurada. No se malgasta en lucir su desprendimiento. Cuando es de gran impacto el triunfo, el éxito, quien es austero no desea el protagonismo de las victorias, lo que no excluye que prefiera hacer bien las cosas, logrando excelentes resultados.

Llamar la atención por austeridad es un modo singular de convocar a no basar la vida en el derroche permanente, en el consumo del

tiempo y de uno mismo. Ello no excluye la brillantez, la prestancia del hierro y de la madera, de lo negro y de lo blanco que, sin perder su colorido, llaman a una determinada ascesis de gestos, de posturas, de declaraciones. Su impacto requiere una atenta consideración. No deja indiferente, pero no busca hacerse distinto.

Desear ser alguien austero y sencillo no deja de ser un tanto pretencioso. Y desde luego requiere gran ambición. Y tal es la paradoja, la de que quizás ello no es un propósito ni una tarea, sino una suerte de don, la gracia de quienes nos dejan en evidencia, mostrando nuestras presunciones. Eso no excluye que las necesitemos, que les admiremos, que nos resulten ejemplares por su capacidad de saber discernir lo decisivo. Tal es la verdadera austeridad, la que atiende a lo realmente determinante.

Es lo que me deslumbra de ti. Tu austeridad es de tal naturaleza que podría pasar inadvertida. No es que te conformes con poco, es que no te entregas al furor del acopio ni acumulas tareas inútiles ni persigues fantasmas de grandeza. Aspiras a mucho, quizá a lo más decisivo. No es cuestión de cantidad, de más o de menos, sino de densidad, de intensidad. Por eso no es fácil estar contigo sin sentirse excesivo, que es tanto como decir poco. Pero que lo consideres y que lo digas me deslumbra y me sorprende. Precisamente tú, tan austera de gestos y de palabras.

Con camisa blanca

He visto su camisa en un cajón. No estaba colgada en una percha, altiva, compuesta, sino plegada y silenciosa, apenas asomándose entre otros complementos. No sé muy bien por qué no la encontré con las otras y lo cierto es que nunca fue en rigor una prenda más. Casi diría que fue su ropa. Y no tanto por la frecuencia de su uso cuanto porque con ella era más él que nunca. Recuerdo haber escuchado algo semejante, y con tanta intensidad que no sé si fui yo mismo quien me lo contó porque, desde luego, sea a quien fuere, me ha ocurrido también a mí. He olvidado algunos detalles pero no me resulta difícil imaginar ese tono azulado casi blanco de esa camisa más luminosa que toda blancura.

Ella está. Tú no. Es una camisa que sólo podría ser de un padre y, en esa medida, de un hijo. O mía. Es emocionante y doloroso saber que ha sobrevivido a tamaña pérdida. Y verla paraliza. Quizás al desplegarla compruebe que vela como un sobre el texto de su vida, la carta que siempre me envió y nunca supe leer. No te la llevaste, y queda como lecho de tu cuerpo, sin ser sudario. No sé cuánto has fallecido. Quizá del todo.

Esa camisa olvidada que no elegiste para salir definitivamente de casa, la que fue más propiamente tuya, me acompañará siempre, aunque me desprenda de ella. Y tanto que no pienso hacerlo. Prefiero su consistente presencia a que habite como fantasma toda mi existencia. Nunca la usaste con corbata, aunque solías hacerlo. Por su cuello entreabierto respiraba toda la casa. Así prolongaba una sonrisa frecuente pero dosificada, casi diría que sincera y argumentada, con razón. Ahora nos falta el aire.

Me gustan así, de manga larga. Quizá para remangarlas, para sentir el juego de tus manos, de tus brazos. Es el sueño de ser abrazado por alguien con camisa blanca. Si hay afecto, eso no se olvida. Y ahora, al encontrarla sin ti, compruebo hasta qué punto ella te necesitaba, pero tú también la requerías una y otra vez para ser tú. Lo que me sorprende es que esa camisa esté en todas mis camisas. Más o menos siempre busco la misma y, más o menos, nunca la encuentro. Ahora sé por qué es ésta, sólo ésta, esta que es todas, esta que no es ninguna otra. Esta que ni siquiera es conmigo, es sólo contigo, es tú. Y tú ya no estás. Al menos, como estabas. Al abrir el cajón me he encontrado con

la ausencia de tu cuerpo, de tu conversación, de tus caricias. No sé si lo más fácil sería cerrarlo. Pero no quiero más entierros.

Me conmueve pensar que esta camisa que ahora llevo, esa blanca que conoces, puedas encontrarla algún día plegada y bien compuesta, que sea yo quien se haya ido. Y cada vez que me visto me quedo y me despido. Pero en lo que de mí dependa no doblegaré la camisa y la pondré en alto, erguida, sin arrogancia, pero en pie. También nuestras cosas se despiden de nosotros. Nos vamos juntos aunque queden como huellas y vestigios de lo que ya no es así. Desprenderse de alguien es también celebrar con serenidad la transmutación de los objetos, de los lugares, de las palabras. Esta camisa me dice mucho de la que acabo de ver y me enseña a vivirla, a disfrutarla, a madurar a su lado y a saber que no me pertenece, no es mi propiedad. No la guardo, la vivo. Y es ya tan tuya que sólo a tu lado recobra su blancura. Abriré el cajón, desplegaré la camisa, leeré la carta y no volveré a doblarla.

El deseo de ser pez

No estoy muy seguro de que sea similar nadar con alguien a caminar a su lado. También sospecho que la mar tiene unas claves tan enigmáticas como los destellos de su superficie. Su ir y venir y la aparente quietud que se encuentra tras las orillas simbolizan vidas paralelas. No sé por qué siempre imaginé que los peces vivían encerrados en las aguas, mientras los pájaros volaban libremente. Pero, ahora que lo pienso, tampoco está mal nadar en el interior del mar. Y no sé tampoco por qué a veces considero que quizás ésta es una importante decisión, la de preferir ser pez o pájaro. Tal vez se trata de dos modos de entender la libertad, dos formas de elegir las necesidades.

Empecé por querer volar. No tanto por la facilidad para desplazarme, sino para estar más alto, no por encima. Para ver mejor, para sobreponerme, para sobrellevarme, para no encontrar tantos obstáculos, para sentirme ágil, ligero. Y parece atractivo imaginarse así, sobre todo si a la vez cabe la posibilidad de posarse, de reposarse, de alimentarse, de anidar, siquiera en las copas de los árboles. No he tenido mucha pericia volando con alguien. He sido ayudado, en especial en los grandes desplazamientos, por la experta guía de la bandada. Y así, arropado, he ido bien lejos, aunque no sé si a donde deseaba. Sólo algunos vuelos inclasificables nos permitieron augurar otra suerte, incluso para nosotros mismos, cuando pude volar con alguien. Pero incluso en esos casos me gustaron algunos gestos acuáticos, de cisne, de anfibio, de ánade, de ti, pájaro mío.

Hoy ya, decididamente, prefiero ser pez. No lo supe tan claramente hasta encontrarte brincando entre las aguas, anunciando alegremente en breves irrupciones en el aire que había otros mundos, no necesariamente profundos ni internos, pero sí interiores. Hay algo de retorno a un entorno más silencioso, líquido, maternal, donde siempre es posible recrearse para renacer. Ser tomado por las aguas y atravesarlas sintiéndose envuelto por ellas me ha enseñado otro modo de aspirar, de espirar, de respirar. Y no porque me han brotado las branquias, ni se me han ensanchado los pulmones. Ahora sé que nadar, en verdad nadar, es cosa del corazón. Nadar con alguien, a esa distancia y en esa diferencia que relaciona, resulta quizá más arriesgado pero es, sin duda, más atractivo.

Se admiraba Platón en el *Banquete* de que los lenguados tuvieran sus dos ojos en el mismo lado y ello le permitía hablar del eros, de una mirada compartida, de un haz con envés ciego, como si sólo juntos pudiera en rigor nadarse. Nadie nada en verdad solo. Siempre, incluso cuando deambula, busca con alguien. Te he visto nadar y ya no deseo sino proseguir contigo la travesía, aquella que no es sólo un itinerario, sino la que nos atraviesa, no sólo la que atravesamos. Me pareciste un pez volador, pero ahora sé, a tu lado, que prefiero elegir, en todo caso, nadar. Por siempre, pez.

Esa mirada perdida

Esa mirada tan perdida y esa serena tristeza me conmueven. No eres propensa ni a la nostalgia ni a la melancolía. Debe de tratarse de una forma de dolor. Pero tal vez ni siquiera sea eso. Ni tampoco creo que obedezca a la razonable incomodidad de conocer nuestras limitaciones, nuestros límites. No me resulta difícil encontrar algunos motivos, muchos de los cuales podrían atribuirse a mí mismo. Trataré de evitarlos, incluso de eliminarlos. Sin embargo, me parece arrogante concederme tanto protagonismo. A fin de cuentas, eres bien capaz de distinguir que ni siquiera siendo lo que somos, en estos asuntos soy tan determinante. No significa que ya no te importo. Es que bien sé que bien sabes que hay situaciones, momentos, estados que nadie podrá vivir por ti.

Te miro a veces un poco a hurtadillas, como tratando de ver, no lo que escondes, sino lo que no se hace presente. Deambulas por algunos escenarios que desconozco y no estás cómoda. No hay demasiadas quejas. Sólo esporádicamente dejas entrever que algo no va bien, que no debería ser así, algo que te importuna un poco sin por qué. Y lo que es más desconcertante, un poco sin dónde. No es que escondamos lo que nos pasa. En ocasiones, no nos pasa nada. Tal vez ésta sea una de las razones. Este empeño loable de entender deja en evidencia que aún esperamos poder hacer algo, siquiera aceptarlo, o combatirlo o, al menos, permitirnos alguna indignación. Eso sí, nunca excesiva, supongo. Pero quién sabe. No está excluido que alguna vez podamos, o quizá debamos, reflejar en nuestro espejo el rayo que nos llega. Bien mirado, en todo caso, no es para tanto, sólo se trata de una inconfesable tristeza.

No le resto importancia. Cuando habita surcos inexpugnables, algo recónditos y, sin embargo, ya encuentra aposento en la mirada, no conviene desconsiderarla, siquiera para saber que siempre será así o que es necesaria alguna determinación, alguna decisión. No resulta fácil si la causa no es ni explícita ni concreta, ni consecuencia de una mera acumulación. Es un dolor permanente, soportable hasta cierto punto, pero no se trata de una simple molestia. Lo invade todo, lo impregna todo y no reside en lugar alguno. No cabe una incisiva y puntual intervención, algo así como una medida o una serie de medidas. Y no es que falte comunicación. Podría ser, pero éste es

ahora otro asunto. Es que no hay mucho que decir, salvo quizá todo, del todo. No se arregla con una deliberación ni con una confesión, que podría resultar siempre improcedente, intempestiva, la puerta abierta a los reproches. Todo para no aceptar que es otra cosa. Sólo cabe, entonces, acompañarse. O tal vez, ir más lejos. No está escrito qué es mejor. Me duele tu dolor. Es tan en mí que quizá lo que veo es lo que compartes del mío. Ahora que me fijo, mi mirada también debe de parecerte perdida.

En todo cuanto veo

Una mirada compartida no significa ver las cosas de la misma manera. Es fundamentalmente un trastorno del modo habitual que tenemos de mirar. Lejos de la edulcorada posición de llegar a ser uno, consiste en ver conjuntamente sin necesidad de acceder a idénticos resultados. Tener que ver con alguien es, en definitiva, la apertura a posibilidades inauditas para uno mismo por sí solo. Tanto que sin él, sin ella, no pueden alumbrarse esos nuevos rostros y destellos de lo que existe. O, aún mejor, de lo que podría llegar o debería existir. La entronización de la mirada singular es interesante, necesaria, pero eso no implica que haya de ser sólo individual. Considerar que los otros son contaminación implica una arrogancia que únicamente podría eludirse con la afirmación, no exenta de sentido, de que toda mirada es ya impura. Pero entonces habría de decirse que también la de uno mismo.

Lo interesante es que comparto mi mirada contigo incluso cuando estoy solo. Todo lo veo, no simplemente a tu lado, sino a través de tu mirar. No es que me influyas, lo que por supuesto ocurre, es que incides en mí, das luz e intensidad a mi mirada y produces una suerte de desviación que hace que mire con otro ángulo, desde otra perspectiva, con otro horizonte. Y, lo que es más interesante, con mayor compromiso y sentido del humor. Tal vez no pueda decirse con otro realismo, pero sí diría que con otra realidad, la que no se reduce a lo que ya existe.

No se trata de que por ti la tergiversación es ahora creación, es que la creación no se reduce a simple adaptación y viene a ser trasformadora. Es la intensidad, es la pasión, es la voluntad las que me otorgan las fuerzas que brotan de mirar contigo. Y ya cada objeto, cada situación, cada lugar, cada quien brillan de otro modo, son de otro modo. Como si siempre estuviéramos viendo compartida y conjuntamente, que es más que a la vez, que es más que juntos, como si viéramos como sólo ven pensamientos que se tocan. Y así, aun en la distancia, disfrutamos a la par sin necesidad de consultar, de recordar. La mirada es nuestra proximidad y es como si nos viéramos afectados por nuestros afectos. Y es de lo que se trata. Los afectos que no afectan el modo de ser y de mirar, los que nos hacen y dejan indiferente, los que confirman lo que ya somos, se quedan en el placer de lo visto, se

agotan en los ojos e ignoran que mira el pensamiento, que así eróticamente acaricia lo real y lo fecunda. Me gusta verte en cuanto veo, porque estás en lo que buscamos con nuestra mirada. No es nada especial. Eso sí, es muy agradable y muy sintomático. Porque al ver no sólo veo contigo, te veo también a ti.

Peligro de recomendación

Me gusta que me recomienden libros, películas, viajes, lugares para comer, que me digan adónde no puedo dejar de ir o qué no puedo dejar de ver. Me desconcierta, aunque me agrada, cuando lo hacen con pasión, casi ordenando, como una conminación, más que como una sugerencia. Pero comprendo que, puestos a recomendar, no es suficiente con decir que no está mal. Valoro que alguien se arriesgue a indicar con decisión lo que conviene hacer. No lo tomo como una obligación, si bien es cierto que me siento llamado por lo que considero un gesto de afecto, una convocatoria, una invitación. Sé que no pocos acaban prefiriendo cumplir cuanto antes con la recomendación que verse en la necesidad de dar una y otra vez explicaciones.

Ya me agradan menos los profetas del revés, no quienes predicen lo que va a ocurrir, sino quienes permanentemente avisan, por no decir ordenan, lo que ha de hacerse. Su verdadera predicción es el anuncio de lo que ocurrirá si no se realiza. Parecen recomendar, pero en realidad atemorizan, indican que de no seguir lo señalado uno debe empezar a encomendarse. Por eso es tan importante que, puestos a darnos algo, por ejemplo consejos, quien lo haga preserve la distancia adecuada o la mantenga sostenida por el afecto. Para que algo se haga valer es preciso que genere confianza. Y es aquí donde en ocasiones se dan excesos a la hora de encargar. Conozco quienes sobrellevan el listado de recomendaciones que han de seguir y seguirán del mismo modo que estropean sus viajes persiguiendo fielmente cada rincón de su guía, que habría de ser un texto experto para acompañar y no una tabla de mandamientos. Una cosa es recomendar, otra interferir.

En cierto modo, distingo entre quienes cuando recomiendan parecen decirse algo a sí mismos, poner algo suyo, darse, regalarnos, y quienes hacen de ese gesto una ostentación de su superioridad. Nosotros iremos después y, en alguna medida, tarde. Porque de lo que se trata es de anticiparse, de llegar antes, de descubrir y de iniciar una cohorte de fieles seguidores que propalarán entusiasmados el descubrimiento. Puestos a recomendar, se trata de ser original y de abrir el espacio de los secretos. Y así planteado es difícil no ser petulante.

Por eso valoro tanto que me dijeras que dejara de hacer recomendaciones sobre cómo ha de recomendarse. Me sorprende esta

sencilla clarividencia que reconoce en mí aquello que trato de evitar. Eso explica hasta qué punto necesito que hurgues en mí y me pongas en cuestión. Y me agrada que subrayes que lo que me dices no es una recomendación, sino un simple resultado. Resulta que nos pasamos la vida avisando de lo que no somos capaces de vivir, proponiendo la intensidad que no hemos podido sentir. Y disertamos aquí y allá sobre lo conveniente y lo inconveniente. Está bien que nos ayudemos. Tú lo haces. Tu sencillez alivia el peso del permanente indicar y me vuelve hacia un modo distinto de complicidad. Si se trata de dar recomendaciones, empecemos por comunicarnos más y por señalarnos menos. Me dices, y con razón, que de nuevo estoy recomendando. Lo diré, sin dar consejos, eres tan aconsejable...

Ella

A veces me acuerdo de ella. Aunque nunca la he visto, sin embargo la recuerdo detalladamente. Quizá porque expresa mi confianza en la vida por vivir, la fecundidad de los afectos, el misterio de lo que existe más que lo que ya ocurre. Sueño con ella y tal vez podría describirla, pero sin necesidad de concretar los rasgos. Sé que la reconocería a pesar de no haberla conocido nunca. También sé que no es sólo una compañera, ni simplemente una amiga. Tal vez más se trate de una hija, lo que es tanto como convocar en el mismo deseo el afecto de una madre. Por supuesto, la suya. Pero, al hacerlo, uno siempre convoca a la propia. En cada una habita toda la maternidad posible. También sé que no sabría muy bien qué decirle. Siempre he pensado que me paralizaría ante el estupor de ser su padre. En rigor, esto ocurre cuando se trata de un hijo, pero no hay tiempo para vacilaciones. Si me mirara solícita, entre necesitada y mendicante, comprendería enseguida que, a pesar de las apariencias, vendría a darme más de lo que yo soy capaz de entregarme. Aunque lo hiciera del todo, una sola mirada suya pondría en evidencia, ante tanta vana consideración, que *esto* merece la pena. Y no sé si *esto* es mi vida, la vida, lo que vivimos de ella o lo que nos queda por vivir.

La dulzura, la ternura, la sensibilidad, la sensualidad, los sentimientos, los afectos pierden todo su tinte, marcadamente afectado y sentimental, ante la verdad de una existencia capaz de necesitar, de sonreír, de dar los primeros pasos, de demandar con los primeros lamentos. Y de abrir un espacio inaudito de posibilidades. No estoy seguro de su nombre. Creo haberlo musitado alguna vez. Lo oigo confusamente. No sé si era Claudia o, quizás, Ángela. No es eso ahora lo decisivo. En realidad, como digo, apenas recuerdo quién es. Pero me resulta extraordinario crecer a su lado. Y se despiertan en mí todos los corajes, todas las decisiones, todas las valentías, todo aquello que es valor y salud. Y espero que, suceda o no, su realidad me acompañe siempre.

En definitiva, confesando este amor por quien es tan verdadera estoy hablando de quien fecunda las palabras, más aún el decir, haciendo fructífero el deseo. Que no es sólo el deseo de alguien, sino el deseo con alguien. Desear juntos es tan improbable como enigmático. No es ya simplemente querer algo. Menos aún, tenerlo o

poseerlo.

La veo en miradas, gestos, pasos y movimientos que se producen en mi entorno. He encontrado en ocasiones sus ojos de tantos colores como días. He vislumbrado su silueta, su contorno, su estilo, su indumentaria. De tantas formas, detalles y matices como mis sueños. Me la he encontrado en las aulas, en las calles, en las tiendas, en los museos. Y sobre todo en ti. Pero ya no como tú, sino como algo que es tuyo sin pertenencia, como un fruto de tu libertad, tanto que ya tiene vida propia. Y así me atrevo a recordarla bella y contenta, porque me une a ti el deseo de que lo sea.

Lo que nos pasa

En ocasiones, no sabemos lo que nos pasa. Es exactamente eso, nos vemos atravesados por algo que no cabe retener, ni detener, ni analizar, ni comprobar. Tampoco se trata necesariamente de que seamos arrollados por los acontecimientos. Nuestra inquietud obedece a que sentimos que lo que ocurre en nosotros, lo que nos ocurre, no nace en ningún interior, ni proviene de una causa específica determinada. Nos llega y nos desborda. No sería tan inquietante si nos traspasara como la luz un cristal, pero deja tanto en nosotros que es ya tan nuestro como lo que somos. No es un simple accidente ni un incidente, es algo que merecería la pena contarse. Esto en el caso de que supiéramos qué decir.

Nos afecta, sin embargo, tanto que es propiamente decisivo. Tiene algunos síntomas evidentes, al menos para los demás, quienes se preguntan o nos preguntan por ello. Podría repercutir en nuestro aspecto, en nuestro rostro, en nuestros silencios o, quizás, en un humor poco habitual, en una alegría singular, en una melancolía o en una serenidad. La imprecisión de este estado se corresponde con esa pregunta inquietante, afectuosa, borrosa y sin fácil respuesta que se nos dirige para interesarse por cómo estamos. No sabríamos con precisión qué es exactamente aquello que despierta tanto interés, aunque podríamos suponer que el cordial afecto que espera un parte del estado general.

Pues bien, en general no sabemos lo que nos pasa, ni cómo estamos. Salvo que nos encontremos verdaderamente mal. Y entonces la pregunta no suele centrarse, excepto para los poco avisados, en qué nos pasa, sino en cómo nos va con lo que nos pasa. En cómo lo llevamos o sobrellevamos. En realidad, estas cuestiones nos las planteamos a nosotros mismos, sin necesidad de formulárnoslas específicamente. Y no es fácil responder.

Tal vez cupiera alguna posibilidad de aclararnos si a quien nos lo pregunta le ocurriera lo mismo o si aquello que nos sucede no nos pasara sólo a nosotros. Y hay algo de eso. No es cosa de negar que somos en gran medida singulares, inclasificables, únicos. Pero tampoco hemos de ignorar que, puestos a estar atravesados por algo, lo que nos enlaza es una suerte común. Podemos decirlo de varias maneras pero consiste, en definitiva, en que somos mortales, finitos,

pasajeros, errantes, nómadas, efímeros. Y ello tiene sus consecuencias. En general, podrían ser gozosas y, en la mayoría de los casos, hacemos de ello todo menos una razón de la dicha de vivir. No se justifica así lo que nos ocurre, asentándolo sin más en esta raíz común. Y está bien que no nos embosquemos en este humus.

Lo que nos pasa sólo nos pasa porque nos afecta. No es simplemente un hecho, ni se reduce a una noticia. No es un asunto personal o profesional que podríamos narrar. Cabría hacerlo, pero lo decisivo es que ha accedido a donde brotan los sinsabores y las cordialidades, el saber y el corazón. Allí donde se encuentran, en la pasión de luchar y de vivir, nos pasa lo que nos pasa y allí, aunque esté tan próximo, no es tan fácil decir. Por eso, sólo quizá quien siente esta misma raíz, comprende esta misma razón. Lo que nos pasa nos pasa conjuntamente y entonces no necesitas muchas explicaciones. Sabes, sientes qué es. Nos pasa a uno y a otro, del uno al otro, en el otro. Me pasa en ti.

La necesaria brevedad

A fin de cuentas, a pesar de que algunas tardes resultan eternas, o es lo que comentamos, si algo hubiera de decirse de nuestra vida es que se nos hace breve. No está claro con cuál la comparamos, pues cabría reconocer en tal caso que según con quién no lo es tanto. Si nos detenemos en lo que nos va ocurriendo, no es poca cosa. Quizá pensamos en lo que se quedará sin hacer, en lo que no llegaremos a vivir, en las personas, en los lugares, en las oportunidades que ni siquiera vislumbraremos. Podría suceder que, en definitiva, lo que encontramos es cierta desproporción entre nuestro deseo, nuestra ambición, nuestros sueños, nuestros propósitos y el efectivo alcance de nuestras actuaciones. Y, desde luego, puestos a encontrar una buena razón, por no decir una coartada, todo lo reduciríamos a la falta de tiempo. Tal vez somos seres algo henchidos, un poco grandilocuentes, con alta estimación de nuestras posibilidades y dispuestos a actuaciones históricas, al menos para nosotros mismos, que no es poco decir. O, quizá, late en cada uno la voluntad de sobrevivirse, un ansia, que algunos nombran infinitud, otros inmortalidad y que, con todo respeto, aun siendo consistentes, encuentro excesiva en esta ocasión. Ello no significa que no la sintamos. Puestas así las cosas, es comprensible que la vida, al menos la nuestra, nos resulte breve.

El interés de algo, como bien sabemos, no depende directamente de su duración. Distinguimos, con razón, entre vivir mucho, cosa que valoramos, y durar mucho, algo cuyas ventajas son más discutibles. Preferimos la intensidad al puro seguir en lo igual, al aburrimiento extendido en horas interminables. No nos referimos sin más a la percepción del tiempo sino al espacio que nos ofrece o nos clausura.

No estoy seguro de que sea conveniente que lo bueno haya de ser breve, lo que sí considero es que lo breve no ha de ser necesariamente malo. Claro, se dirá, de no serlo, puestos a ello, mejor que dure. Pero, en tal caso, habría de persistir la intensidad. Ya no habría de ser un instante, algo esporádico sino prácticamente un estado de intensidad, aquel que algunos han considerado que sólo existe en la verdadera amistad y en el verdadero amor. Ellos, que en realidad doblegan al tiempo, son sin embargo sus más dulces aliados. Ellos, para quienes un instante puede ser eterno, son poco resignados y conformistas. No vencen la brevedad, conviven gozosamente con ella.

Entonces, los detalles se ofrecen con una extraordinaria consistencia. Cada encuentro, cada momento cobra tal plenitud que deja en evidencia la brevedad. Y toda la vida cabe en un gesto, aunque eso haga de cada gesto una despedida. No sólo resulta breve, así la vida viene a ser fugaz. Se reitera siempre diferente y lo que deja en cada cual son vestigios y huellas de nuestro deseo. Algunas veces tú y yo hablamos de esto, menos torpemente quizá, pero no siempre con grandes palabras. Breve el gesto y breve el decir, sabemos que en cada encuentro hemos vivido lo que no puede retenerse. Amar es también abrazar la brevedad.

Querer decir algo

Tengo la impresión de querer decir algo que no acabo de definir ni de concretar. Quizá lo rodeo, lo sugiero, lo anuncio, pero no hay manera. Podría atribuirlo a la experiencia de los límites del lenguaje o a lo inefable, pero creo que no es eso. Tal vez es falta de decisión o de atrevimiento para dejarme ir, expresarme con soltura, frescamente, y hasta con cierto descaro. Cuando lo he intentado así, los resultados han sido aún más desastrosos. A lo mejor, si me desenvolviera con más rigor entre los sustantivos, empleara con más precisión los adjetivos, construyera más correctamente mis frases o las hiciera más breves, podría por fin dar en el blanco. Me temo que ni siquiera así. Siempre queda la esperanza de entregarme más a un decir poético y ser austero, conciso, sugerente, incluso delicado. Eso me gusta más, pero me parece que la cuestión es otra.

Más bien el problema podría provenir de este empeño en querer decir. Y no digamos si es querer decirte. Si ya querer decir algo es mucho, querer decirte algo es tanto que, en verdad, resulta bien poco. Porque aquí de lo que se trata es de otro asunto. No es que haya en este caso un gran secreto, ni un mensaje decisivo, ni precisemos de un esfuerzo de confesión para finalmente dar con lo que ha de decirse. La cuestión, como tantas veces, es que no sé qué decirte, pero eso es tan determinante que, a mi modo, tengo que hacértelo llegar.

Lo he intentado de mil maneras. Y siempre compruebo que ni es eso, ni es así. Si se tratara de una declaración, esto es, de decir que algo me pasa en ti, acabaría encontrando las condiciones adecuadas para hacerlo. Pero creo que allí sólo podría estropearse lo que ya venimos sabiendo de otra manera. Dejemos de lado la escenografía, el ambiente. Esta vez no va de velas. Ni siquiera valdría entonces lo que algunos denominan cualquier ocasión para dar cuenta de lo que en realidad es una inoportunidad. Desconfío de ese denominado estilo franco, abierto, directo que todo lo arrolla y sobre todo aquello que más presume hacer valer, la verdad. Siempre queda entonces la fácil solución de considerar que no parece posible ni oportuno que te lo diga. He comprobado que si yo mismo ya sé lo que he de decir, lo más difícil ya está hecho, el resto ya viene dado por la maravilla, no exenta de complicaciones, de una conversación. Y suele ser conveniente y hasta necesaria. Pero, insisto, no se trata de darte un recado ni un

mensaje.

Me inquieta más singularmente cuando quiero decirte algo para no decirme a mí lo que quizá nunca me dije. Nos pasamos la vida empeñados en lo que hemos de comunicar, como si la comunicación fuera una mera transmisión de noticias. Y pensamos, quizá con razón, que tenemos que hablar, que tenemos que decírselo. Pero nos falta el coraje de la palabra y la decisión para dejarnos tomar por la fuerza de lo que pensamos y sentimos. Tememos que finalmente todo sea tan sencillo como escuchar, que es una buena forma de hablar. Y así la impresión sería otra, la de querer oír, escuchar y abrazar lo que nos llega. Que siempre suele ser del otro, aunque seamos nosotros mismos. Noto en esta ocasión algo bien singular. He sentido la necesidad de decirte que me viene de ti un murmullo incesante. No es un ruido indeterminado. Quizá contigo empiece a balbucear algunas palabras. Tu afecto me enseña a hablar. Si pudiera decir, sabría, creo, que es eso que llamamos amor.

Dormir a tu lado

Dormir juntos es algo bien distinto de acostarse con alguien. Está claro que, en cierto modo, pueden coincidir. Pero también es cierto que despedirse cerca de alguien para entrar en ese misterio, que sin duda algunos explican, de entregarse al sueño, de reposar en la noche, implica una donación y una confianza que va más allá de los lances amorosos. De ahí algunas sorpresas al despertarse. Lo que desconcierta es esa confianza, la de haber estado ausente de sí mismo al lado de otro, de otra. En realidad, cada vez más, vivir con alguien es dormir con frecuencia a su lado. Esa caracterización tan discutible es la que preferentemente empleamos, la de convivir bajo un mismo techo pero, dadas las vidas que vivimos, en ocasiones ello se centra en las últimas y primeras horas del día. Por eso, quizá, también podríamos decir que vivir con alguien es despertarse a su lado. Ciertamente no hemos de olvidar los proyectos comunes, las luchas compartidas, los sueños perseguidos... pero, en última instancia, todo ello se sostiene en una desnudez que no se reduce a la indumentaria, la de ensayar irse, la de probar a despedirse, a fallecer y quizás a resucitar junto a alguien. Las primeras y las últimas palabras, las que delimitan los días, abren y cierran cada fecha, cada espacio y marcan un tiempo cotidiano de vida. Sin ellas, no pocos deambulan desconcertados, como si el viaje o el cambio horario hubieran sido excesivos para reponerse sin algún periodo de adaptación. Dormir con alguien es un modo, siquiera incipiente, de haber vivido con él y de haber acabado a su lado.

Por eso es tan importante no restarle importancia al asunto. Se dice que algunos lúdicos encuentros culminan en la escenificación de un cementerio, donde los cuerpos ya ignoran dónde habrán ido a parar lo que, en espera de una mejor denominación, llamamos almas. Dejarse caer rendidos dice ya suficientemente que el día nos ha vencido y derrotado. Siempre, pero no del todo. Y, entonces, algunos precisamos alguien cerca para despedirnos una y otra vez de una vida, la vida, que amamos y que no siempre acertamos a vivir.

No alguien, sin más. Deseo que seas tú. Lo deseo siempre, cada vez. Así sé que, pase lo que pase, he vivido. No me entretengo en los múltiples modos de subrayar este encuentro y esta despedida, en las formas del cuerpo y de las palabras para abrazarse y entrelazarse con la convicción de que el deseo y el placer pueden hallarse sin quedar

retenidos. No es preciso entronizar la relación sin hacer ahora aspavientos. También la pasión sabe ser austera, pero no está indicado que haya de serlo. Llegar hasta donde los límites muestran sus aristas es no establecerlos de antemano y saber celebrarlos gozosamente, quizá trasgrediéndolos para así confirmarlos. Pero nada evita que la mejor comunicación, la más intensa comunión acabe entregando a cada cual a su propio sueño, incluso el que sólo cabe despierto. Quizá, finalmente, podamos dormir para proseguir los sueños, para despertar como un resucitado. Nadie dormirá tu sueño.

Algunas noches conservan una dureza que no es la del sopor, ni siquiera la de la soledad o la de la ausencia. Todo ello resulta difícil, pero quizá lo más exigente es no poder entregarse a lo que sea, lo que nos espera al lado de quien queremos. A veces lo menos llevadero es que no estés para descansar conmigo. Vaya noche que me has dado con no dormir a mi lado...

Con integridad y entereza

Me cuesta pensar que alguien decida hacer daño. Los hechos confirman que algunos lo prefieren o, al menos, lo encuentran un bien para sus intereses. Puestos a anteponer unas posibilidades a otras, en su escala de valores eligen lo que les es más rentable o provechoso, sin otros miramientos, como por ejemplo las consecuencias para los demás. Habrá que recordar que luchar y perseguir lo que uno quiere depende de qué es lo que desea, o que para lograrlo no vale cualquier medida o acción, que no se trata de conseguirlo a cualquier precio, que, en definitiva, lo que alcanzamos también nos alcanza a nosotros mismos. No reivindicamos la tibieza o la pronta claudicación. Hablamos de la integridad y de la entereza. Estas dos palabras, que en rigor son la misma, nos dicen bien qué cabe esperar de quien sin desmayo insiste de modo adecuado y consistente en sus actuaciones y en sus fines.

No siempre es fácil identificarlas, pero en ocasiones reconocemos la integridad de quienes ni se rinden, ni se descomponen, ni se venden al mejor postor, así como la entereza de quienes asumen los hechos, dan la cara a los acontecimientos, afrontan las consecuencias sin abrigarse en excusas y lamentos. Lo atractivo es dar con quienes con su forma de vivir hacen efectivamente de esas dos palabras una sola. Nunca se dan por acabadas, por finiquitadas, por concluidas, por clausuradas, por cerradas, porque no consideran tan fácilmente que no hay nada que hacer ni con ellas mismas, ni con la situación, ni con los demás. Tampoco es que sus convicciones se paseen al socaire del mejor postor ni dependan una y otra vez de la ocasión, de la oportunidad o de los estados de ánimo. De esa combinación surge tanto su firmeza como su flexibilidad, que conviven sin estridencias.

No se sabe con certeza qué hace de alguien que sea una persona atractiva. Pero sí me atrevo a decir que nunca encontré alguien que me llamara la atención profunda y radicalmente que, de una u otra manera, en mayor o menor medida, no fuera íntegra. Malinterpretaríamos la cuestión si de ello dedujéramos intransigente. Nuestras palabras de cada día nos lo dicen bien: cabal, de una pieza. Y me admira cuando esa integridad y entereza se acompañan de la denostada dulzura, de la desatendida ternura, poco aconsejables a decir de algunos, sobre todo para los asuntos públicos.

Creo conocer a quienes sin caer en esa caricatura de eslogan, «mano de hierro con guante de seda», son capaces de conjugar la decisión y la comprensión, sin quedar paralizados por la complejidad del asunto como gran coartada para la inactividad o para desatender la imprescindible sensibilidad, corazón de toda acción. No hay derecho a obrar sin sentir, como probablemente no podemos permitirnos dejar de actuar porque, ya se sabe, somos gente de sentimientos. La integridad y la entereza son responsabilidad y, por ello mismo, no eluden ni dilatan la respuesta. Pero sería inadecuado considerarlas como una buena razón para la parálisis permanente. Por eso me agrada tanto comprobar a quienes serenamente, sin estridencias, hacen como la lluvia cae, como el agua moja, como la luz ilumina, bien ocupados a la par de lograr que ello ocurra no sólo para uno mismo. Y por eso también disfruto de ti, de vosotros, que sostenéis mis vacilaciones con el afecto de esa integridad.

Plácidamente

Se desliza suavemente por un mar abierto y en calma. Nada parece oponer resistencia, aunque supongo que eso no es así. Sin estridencias, dulce, sin distracciones, va poco a poco, decididamente. Alguien dijo «como se pasa la vida, como se viene la muerte» y dijo bien. Si retiro la mirada, ya se ha ido o quizás haya sido yo quien ya no está. No necesita tormentas para resultar importante. Me conmueve la posibilidad de que no hubiera existido, de que no nos hubiéramos encontrado. No sé si me refiero a ella y yo, a mí conmigo mismo o con la vida. Y más me sorprende aún que nos hayamos visto, que es más que coincidir, que nos hayamos mirado sin necesidad de dejar de caminar. Esa brisa de alta mar no está para desatenderla o desaprovecharla. Acaricia e impulsa. No basta dejarse llevar. Necesita gobernarse. Y los días se deslizan suavemente sabiendo llegar e irse. Cuanto más vividos más despedidos. Quizá fuera más fácil llenarlos de grandes sucesos, de verdaderos acontecimientos, pero en última instancia su importancia radica en su declinar plácidamente.

Siempre creí que estos sabores eran sólo del atardecer, del día y de la vida. Pero ahora paladeo también los del amanecer. Es más, recuerdo haber sentido con toda su fuerza esta realidad cuando mis afectos y mis sentimientos nacían para sí mismos, sin proceder de ningún otro lugar que de mi propio nacimiento, día a día, como brota todo. Es más, esta serenidad se erige con contundencia cuando algo tan vivo como un amor o una muerte se instalan para siempre, duren lo que duren, en la fuente de toda cordialidad. El ritmo del corazón es el del vivir poéticamente hablando y las alteraciones, siendo necesarias, conviene que sean soportables. Ese ritmo siempre tan decidido no deja de ser por ello cuidado. Y puestos a navegar, se desplaza con serenidad.

Es cierto que huimos del aburrimiento, que nos desespera la calma permanente que se destila del vacío de tantas horas y ocupaciones. No lo es menos que resulta desesperante la agitación del vaivén, de la acumulación infecunda de actividades, el ruido de la cacharrería de los dimes y diretes, de los rumores, de las intrigas y de las sospechas, de las conspiraciones, de la que se nos avecina, que juegan en ocasiones como coartadas para no afrontar lo más decisivo, aquello que sencillamente importa. Tal vez no sea necesario que nos lo

recordemos en cada caso, pero casi nada es para tanto y lo que de verdad merece la pena es tan poco espectacular que está en cada pequeño detalle. Es un modo de vivirlo, una forma de afrontar la vida y la muerte y que solemos llamar amor. Y es entonces donde sólo puede responderse plácidamente, de manera que resulte agradable.

Que nuestras horas vengan a ser amables no se agota en la burguesa satisfacción individual de nuestros gustos y ambiciones. No es la plácida soledad que oculta indiferencia. No es la apatía, la falta de implicación, el egoísmo de lo ya poseído donde ya nada se desliza. Por eso sólo puedo encontrarme plácidamente en contadas ocasiones, al empezar o cesar una tarea, al detenerme en el ocio de la recreación, al prever, al analizar, al resumir sin clausurar. Y ello ocurre tan al principio y tan al final, que aquello que los enlaza cada día, el eros de la acción y de la vida, es la única verdadera placidez.

Seguir adelante

No siempre está claro qué quiere decir *adelante*. Lo entendemos por oposición y, en cualquier caso, resulta impreciso adónde nos conduciría hacerlo y en qué lugar se encuentra. Pero sí nos indica de modo adecuado de qué se trata y, sobre todo, de qué no. Precisamente subrayamos esta necesidad cuando la situación no es fácil, cuando lo que parece más cómodo o posible es quedar estancado o rendirse. Y es exactamente entonces cuando el carácter, la decisión, el coraje, la valentía y hasta las agallas son convocadas para ir más allá de lo que se dice «lo normal», mas allá de un simple dejarse llevar. Por los hechos, por los otros.

Me agradan quienes siempre encuentran fuerzas para sobreponerse, para proseguir, para no entregarse, para no considerar cada incidente como un cataclismo irreversible. Ciertamente hay hechos que lo son, pero incluso en tales ocasiones es deslumbrante encontrarse con quienes no claudican de la vida por lo sucedido. No es menos desconcertante que algunos necesiten tan poco para hablar de catástrofe, para lamentarse y airear sus contratiempos, reclamando la complicidad y la solidaridad de quienes habrían de hacerse cargo y comulgar con sus desdichas. Si lo son, no hace falta tanta invocación. De no serlo, viene a ser algo obscena tanta exhibición.

Seguir adelante no es una indiscriminada toma de posición a favor de ir como sea, donde sea, de no cejar, de continuar, de reincidir, más voluntariosa que decididamente, más por tozudez que por convicción. Seguir adelante no es dejar de analizar o de reflexionar e insistir en el puro empeño. No encuentro atractiva esa pesadez, cuya esperanza es la rendición de los demás e incluso de lo que sucede. No está mal soñar y luchar pero también en ese caso no hay que confundir seguir adelante con pisar una y otra vez en el mismo surco, ahondando la misma huella. Y, sobre todo, en caso de convocar a los otros o empeñarse en una tarea común, conviene escuchar y, a la par, mirar a ambos lados e incluso a la espalda, no para protegerla, sino para comprobar que hay alguien más en la misma empresa. No vaya a ocurrir que uno esté solo. No sería quizá lo peor, lo peor sería ignorarlo. Es más, conviene en tal caso preguntarse qué es de los demás, qué hay de ellos, porque quizás están en otros caminos y no precisamente más rezagados.

Por eso, cuando admiramos a quienes siguen adelante, a quienes son capaces de hacerlo, no celebramos la inmediata vinculación de la voluntad con su ejecución. Porque a veces «adelante» está en un lugar menos previsible, más inesperado, que exige más cuidado y alguna sofisticación. Se trata también de inaugurar posibilidades, de ofrecer mejoras imprevisibles, de sorprenderse a sí mismo con una reorientación y, si es preciso, con una rectificación. Ni persistir en el error, ni dejar de problematizar lo que vivimos nos lleva adelante. Nos lleva por delante.

Las situaciones complejas forman parte de nuestra vida cotidiana. No es imprescindible que lo que nos ocurre sea espectacular. En líneas generales, ni siquiera es aconsejable. Y puestos a desarrollar sencillamente la tarea de vivir, lo más difícil es hacerlo. Quizá poco a poco, gota a gota, sorbo a sorbo, vamos claudicando, aposentándonos en zonas seguras, a buen recaudo, en una falsa comodidad que confundimos con la vida serena y apacible. Y a veces nos sorprendemos de que esa resignación vaya labrando nuestra mirada ausente y esculpiendo un gesto adusto que no siempre es signo de madurez, sino en ocasiones de aburrimiento y de pérdida.

Asimismo necesitamos fuerzas y razones. Y ambas se generan y crecen con la cercanía, la compañía de quien nos aprecia y valora, de quien espera de nosotros y nos desea bien porque nos quiere bien. Y al decir que nos gustan quienes siguen adelante, decimos también que nos gustan quienes nos hacen seguir adelante. Me lo haces saber.

Los resúmenes al final

No faltan quienes llaman *final* a cualquier cosa. Procuran resumir la situación cuando les resulta favorable y tienden o a concluir antes de acabar o a acabar antes de concluir. Les falta la paciencia de la espera y, lo que es peor, la paciencia del concepto. Por eso, siempre creen que ya es el momento, que ya es la hora de hacer balance, de proceder, de cosechar, de hacer caja, de recaudar. Supongo que, también, de dar cuenta. Se precipitan no sólo porque anticipan lo que va a ocurrir, es que festejan que ocurra así y quieren que ya sea el día, que suceda inmediatamente. Se incomodan con quienes saben aguardar. Y se enfadan sobre todo con el tiempo, por su empeño en ir a su propio ritmo y quieren precipitarlo, anularlo, reducirlo. Y con ello miran de lado a quienes, sin dejar por esto de analizar o de resumir, saben que esa tarea es parcial, porque es parte y porque uno es su juez, su juez y parte. En cierto modo, ellos son también nosotros, quienes no pocas veces abrazamos la necesidad de un final que asegure nuestra situación.

No hemos de desestimar la primera impresión pero conviene no adelantar el apocalipsis. Puestos a juzgar, los amigos del juicio permanente en ocasiones se deslumbran con la voluntad de que sea ya un juicio final. Ellos ya lo hacen siempre. Y lo que nos incomoda, no hasta la descalificación, es que en esa mirada que zanja y clausura falta el afecto de la apertura, la de que se ofrezcan nuevas posibilidades, la novedad, la rectificación en su caso, y tal vez la novedad de las novedades, que se puedan ver las cosas de otra manera. Esa prisa, ese miedo, ese temor es el de que quizá podría modificar o revertir la situación. Y entonces queremos resumir ya porque nos gusta así, porque nos resulta llevadera, soportable, incluso agradable.

No siempre es fácil saber cuándo estamos en el final. En ocasiones intentamos que no lo sea, nos damos nuevas oportunidades, confiamos, alargamos, insistimos, prolongamos... y todo confirma que con ello sólo se ahonda la herida. Y aquí radica la cuestión. El final no es siempre independiente de nuestra deliberación, de nuestra decisión, de nuestro interés.

Por eso decimos que sólo el tiempo dirimirá. Pero en gran medida no será sólo él. Con ello solemos querer decir que no siempre se ve

bien de demasiado cerca. Ni de demasiado lejos. Se precisa la distancia adecuada y cuando ésta se hace relato, es el final, cabe un juicio, es el momento. Lo que resulta sorprendente es que algunos vean desde tanta interesada proximidad. Habitados por la precipitación, por la aceleración, corren y vuelan sin moverse del sitio. Más bien prefieren que sea el suelo el que se mueva ante sus manifiestas dificultades para movilizarlo. Que sean los demás los que se activen ante la incapacidad de motivarlos. Y eso que vemos en los otros en cierto modo lo vemos porque nos ocurre a cada uno de nosotros, si bien no a todos en la misma medida. Necesitados de claridad, empeñados en entender, dispuestos a asumir lo que ocurre, se nos hace tan exigente habitar la complejidad y la incertidumbre, el cuajar de los momentos, las vicisitudes y las consecuencias de nuestras actuaciones, que sentimos la tentación de reducirlos con una fórmula. Pero somos conscientes de que se requiere, además de paciencia, trabajo. Trabajo consistente y coherente, aquel capaz de alumbrar otras situaciones.

No sé de qué modo podríamos superar esta ansiedad que nos requiere la inminencia, la contundencia de algo irreversible, más llevadera en ocasiones que la inquietud de la intemperie, ese afán de dominar pronto lo que ocurre, lo que nos ocurre. Es importante no precipitar el mal final, ni siquiera con un buen resumen. Saber esperar es también hacer madurar y ello no obedece únicamente a nuestras necesidades. También las tiene y mucho aquello que queremos dominar. Incluso lo que nos une.

La casa buscada

Siempre estamos buscando nuestra casa, tratando de construirla o de retornar a ella. Ya queda claro que no está en lugar alguno, esperando ser hallada y habitada por nosotros. Pensamos que allí encontraríamos lo que tanto deseamos, incluso quizá nos encontraríamos con nosotros mismos. Y no hemos de descartarlo. La casa puede representar la vida que en alguna ocasión vivimos o creemos haber vivido, el recuerdo de lo que ya perdimos tal vez para siempre, aquel entorno que ahora recreamos, aquel afecto que aún nos alcanza, el lugar en el que se alumbraron nuestros sentimientos, no menos que nuestros cuerpos. Proseguimos la vida tratando de dar con lo que en realidad supone, o bien volver a lo que ya pasó, o a la memoria de lo que hemos reconstruido, por agradable, por soportable.

No es que simplemente necesitemos un entorno, un contexto, un ambiente, un clima adecuados. Es más, es otra cosa. Ni basta con decir que precisamos un espacio para reposar y aliviarnos de penalidades, un oasis, un refugio. Nos resulta indispensable para saber quiénes somos, incluso para reconocernos, para tener algunas referencias, para identificar, para salir, para volver. Por eso es tan importante que las marcas sean claras, que las señales resulten inequívocas, que haya una dirección que permita todas las direcciones.

Asimismo es decisivo que no reine la confusión. No se trata sin más del requerido o mínimo orden u organización, que no se presentan ahora como determinantes. Prefiero los lugares sin acumulación, en cierta medida claros, abiertos, limpios, sencillos, no exentos de cuidado y de delicadeza. Incluso los objetos no han de hablar todos a la vez. Su presencia indiscriminada, abusiva, puede producir un ruido insoportable. Hemos de lograr que su palabra se diga singularmente o que resulte armoniosa, o que su silencio sea consistente y elocuente. Una casa no es un almacén, ni siquiera de anécdotas y de curiosidades, ni un depósito de la memoria, ni una galería, ni un museo, ni una tienda, por muy bien compuesta que esté. Lo más importante es que, dentro de lo que cabe, en una casa ha de poder estar uno mismo o, como suele decirse, estar uno con uno mismo. Eso significa también poder estar solo, sentirse solo, aunque no exclusivamente. Supone a su vez poder darse, ofrecerse, entregarse, en definitiva, encontrarse.

Tal vez por eso la casa no es en rigor, sin más, un lugar. Ha de hacerse, de labrarse y no se reduce a la adquisición o al alquiler de un sitio. Ni a su comodidad, ni a su apariencia, menos aún a su decoración. Es importante un aspecto, pero como ocurre con los seres humanos, su belleza y su verdad no se limitan a él. Hay algo no fácil de identificar ni de hallar que acercan este deseo a la voluntad de dar con un hogar, de sentirse realmente en casa. Y ello sólo sucede cuando se vinculan los afectos y la memoria, atravesando nuestro propio cuerpo, haciendo que ese espacio no sea un depósito, ofreciendo una forma y un contenido que armónicamente nos permitan estar contentos.

Deambulamos por la vida errantes, en ocasiones de lugar a lugar. Puntual o incidentalmente nos hemos sentido bien, cómodos, a gusto. A veces un cierto equilibrio y armonía nos han hecho recibir la noche con sosiego, comenzar el día con decisión. Pero indefectiblemente ello ha ocurrido siempre que nos hemos encontrado así nosotros mismos. Hasta el punto de que somos quienes damos a la casa las condiciones para que lo sea. Entonces solos, o rodeados de un entorno complejo, más o menos familiar, los sabores, los olores, los recuerdos componen un espacio habitable. Tanto que ya la casa no es estrictamente ese necesario espacio. Es tan nosotros, está tan con nosotros, se incorpora de tal manera a lo que somos y vivimos, que ya sólo me siento en casa cuando me encuentro pleno de vida, de salud, de libertad. La casa no es tan habitual como creemos. Esa casa del desafío y de la alegría la encuentro a tu lado. Mejor, eres tú tanto como yo. Y tan poco. La buscamos juntos.

El trabajo bien hecho

Siento una profunda admiración por quienes son capaces de entregarse con seriedad y con intensidad a su trabajo, a su tarea, a su labor. No se trata de ninguna exaltación, sino de un reconocimiento. No es que desconfíe de la genialidad, me inquieta el que sea, por lo visto, tan poco excepcional. Por lo visto y por lo oído, porque no es infrecuente que se alaben las singulares cualidades y capacidades de unos y otros, sin que se subraye hasta qué punto han necesitado ser cuidadas, cultivadas y labradas. Ciertamente hemos de reconocer las condiciones, pero también la predisposición, la actitud, el esmero, la entrega, la dedicación, el esfuerzo y la exigencia.

Admiro a quienes con seriedad y con rigor, pormenorizada, continua y atentamente consideran que han de responder a sus posibilidades de modo adecuado. Y a eso se denomina responsabilidad. Pero, aún más, siento agradecimiento. Me detengo en lo que me rodea y contemplo tanto trabajo hecho durante años, tanta competencia, tanta solvencia y tanto oficio para lograr entregarnos las posibilidades con que ahora contamos. Y si bien me deslumbran las excepcionales cualidades de quienes dieron pasos decisivos y nos ofrecieron caminos inauditos, no puedo dejar de admirarme del quehacer de tantos hombres y mujeres que nos transmitieron, que nos regalaron el mundo en el que vivimos. Sin duda ha de ser mejor, habríamos de lograr que fuera mejor, pero hemos de saber reconocer el trabajo realizado por quienes han venido ofreciendo, abriendo, nuevas oportunidades.

Hasta tal punto siento esta admiración y este agradecimiento, que desconfío de quienes amparándose en sus dotes excepcionales son incapaces de entregar su tiempo, su esfuerzo y sus mejores cualidades para corresponder a sus capacidades. Prefiero trabajar con quienes se entregan a los proyectos, persiguen ideas y sueños persistente y continuadamente. Y, en definitiva, se dedican a ello. Mis afectos me llegaron de quienes lucharon por lograr lo mejor de sí mismos para ellos y para los demás, muy en especial para los más próximos, y tuvieron la necesaria ambición para no resignarse, para no conformarse, para no excusarse. Y comprendieron que vivir no es rehuir toda dedicación o compromiso.

Por eso también ahora me atrae tu laboriosidad. No es la insensata

ocupación, ni la desenfrenada actividad, ni el aspaviento permanente. Es la coherencia y persistencia en una tarea, con determinados objetivos y el diario quehacer en ella. Me gusta saber que estás ahí, no para lo mío, pero sí conmigo. No es preciso que nuestras labores tengan que ver entre sí. Siempre, en todo caso, estarás por lograrlo, por ayudar, por impulsar, por favorecer, por propiciar. Y darás aliento y soporte a lo que ha de hacerse. Y en tus caminos, tan propios y singulares, tu trabajo constante, tu atención y tu consideración resultan admirables. No reivindico la labor callada, simplemente no entiendo como indispensable que haya de ser aparatosa. No es que el trabajo nos haga libres, es que hemos de trabajar por nuestra libertad. Y por la de los demás. Con ellos. Eso no bastará, pero si no es así, el trabajo no estará bien hecho. No es sólo la perfección de un acabamiento, la aureola de un resultado, es también el recorrido conjunto y armónico de cada día, el trabajo dedicado y cotidiano. Y en ello también un afecto sostiene mis posibilidades, mi coherencia. Me sostiene y me sostienes.

Nuestra mesa

Las mesas nos sustentan. Y no sólo cuando reciben alimentos para ofrecer y entregar, ni cuando se engalanan para festejar, para celebrar, ni sólo cuando una y otra vez nos procuran el soporte para aquello que se ha logrado con esfuerzo, cuidado con esmero y dispuesto para nosotros. Nos sostienen cuando nos acogen para nutrir nuestros sueños, para dar apoyo a nuestros brazos, a nuestra imaginación, a la escritura. Espacios de reunión, de deliberación, de conversación, de decisión, son la antesala de trabajo conjunto que encuentra convivencia y asiento con el que compartir la postura adecuada, la actitud correcta, la generosidad sin la cual no se dice la palabra. Son la base en la que sobrellevar y soportar algunas inconsistencias, en la que conjugar ideas dispersas, en la que convocar en una misma superficie puntos de vista, planes y planos diferentes. Siempre a la espera, saben silenciosamente atender y recibir.

No sé cuántas veces he sentido algo singular con diferentes mesas. Y, desde luego, sin ningún afán de apropiación, sí he estimado que algunas eran mi mesa de trabajo. No las he considerado con mirada quirúrgica, ni forense o, al menos, no siempre ni deliberadamente, pero en todo caso he pensado que son un lugar para intervenir. Las sé distinguir de una ventana o de un espejo, aunque no sería complicado mostrar la relación. Quizá haya una historia de las actividades que hemos desarrollado vinculada a las mesas que, suene como suene, han acompañado nuestras vidas. En ocasiones ante una pared, en un discreto rincón, otras abiertas, poniéndonos de espaldas a ella. Algunas consistentes, otras livianas y, en general, entre la madera y el cristal como dos símbolos de lo que se pone en juego con su presencia.

Me ha interesado el lugar en que asentarme en cada mesa. No para lograr preeminencia, sino para procurar, favorecer y disponer de una adecuada relación. También su forma y su tamaño dirimen la distancia y la mirada, el alcance de la palabra, la proximidad, la compañía. No me agradan las mesas en las que no es posible que esa relación, de una u otra manera, alcance a todos. Cuando eso sí ocurre es cuando, quizá paradójicamente, es más posible decir y decirse, incluso con los más próximos. De ser así, la mesa, la buena mesa, sabe hacer su competente trabajo y, en cierto modo, desaparecer como corresponde, sin por ello haber pasado inadvertida.

Sentados a la misma mesa pero, y conviene subrayarlo, en asientos singulares, hemos compartido proyectos comunes y vinculado nuestras decisiones al corazón, esto es, adoptado acuerdos. Hemos hablado de supuestas inconsistencias que en esas circunstancias han resultado firmes, alimentado el deseo y la espera, dando respuesta, ofreciendo caminos para proseguir. También hemos recibido hospitalidad para diferir, para disentir, para comprobar que no siempre era factible, que tal vez no había camino, que ni había manera ni era posible. Y al abandonar la mesa no dejamos de sentir agradecimiento porque nos recibió en esa conversación difícil de desencuentro. Difícil y, en cierto modo, definitiva. Esa mesa no tendrá nuestro nombre, como tampoco la que ocupamos cuando nos hablamos y sonreímos sabiendo con claridad lo que eso significa y dispuestos a proseguir en el incierto y atractivo camino.

Nos faltan

Vuelvo una y otra vez a la memoria de quienes nos faltan. No es que tenga especial tendencia o necesidad de retornar al lugar donde reside su ausencia, es que forman parte de mí, son conmigo. Y me resulta imposible pensar sin que constituyan parte viva de lo que sea capaz de decir. Esta realidad se intensifica cuando quiero o soy querido. Un hilo consistente y evidente enlaza el afecto con la pérdida, y no sólo por temor. La intensidad de lo que merece vivirse incluye la posibilidad de vivir alguna despedida. O la que uno hace, o la que a uno le hacen. Esta constatación podría contenernos, pero más bien me estimula para arrojarme en brazos de los afectos. No para retener, sino para gozar de la dicha de la existencia, del placer de vivir, de la alegría de sentir. La simple suposición de que un día pudieras no estar me impulsa a respirar cada situación profundamente.

En nuestros afectos late cada gesto, cada movimiento, cada circunstancia vivida y sentida con quienes ya no están a nuestro lado. No es posible, ni conveniente, ni siquiera saludable olvidarlos. Hemos de vivir con este nuevo modo que tienen de ser en nosotros. Pero no podemos dejar de sentir su abandono no deseado como un desamparo. Y una permanente constatación, la de lo irreversible, la de lo que ya no será así nunca. Precisamente saberlo nos hace cuidar diariamente lo que nos ocurre y sobre todo mirarnos con alguna certeza, la de que esto ya no lo viviremos de nuevo.

Está bien que no insistamos una y otra vez en lo que es inexorable, aunque es imprescindible que lo tengamos bien en cuenta. No tanto para lamentarnos, para alimentar nuestra nostalgia o nuestra melancolía, cuanto para mantener intactas y vivas nuestras posibilidades de decir, de vivir, de amar y de gozar. De no ser de este modo, supuestamente liberados de una incomodidad, perderíamos cualquier posibilidad, no ya de disfrutar, sino de vivir intensamente. Ello no es un consuelo para nuestro dolor, es una compañía para sobrellevarlo. Así planteado, soy capaz de detenerme con cuidado en quienes he perdido. Me sorprende sentirlos tan lejos y tan conmigo. Encuentro misterioso lo que parece tan sencillo y evidente. Han fallecido, y aunque creo entender lo que eso significa, no llego a comprenderlo bien. Y en algún sentido lo soporto más que lo acepto. Lo sobrellevo.

También aprendo en lo que vivo que hay modos de desaparición que suponen un verdadero final. Y no es posible no sentir el desgarro de algo más que una ruptura, es una escisión. Ya no es el dolor de la incisión, es la experiencia de la separación definitiva e irremediable, de lo irreversible, de lo insustituible. Y por eso también hemos de compartir a quienes nos faltan y hablar en alguna ocasión de ellos, coincidir en un sentimiento que nos permita llegar a lo que de nosotros no se agota en lo que ahora vivimos. Y en esta plenitud, que incorpora asimismo lo que formando parte de quienes somos nunca más volveremos a ver, cobra todo su alcance nuestra relación. Apreciar a alguien es no sólo una vinculación con él, con ella, es una vida a su lado. También con quienes quizá nunca conocimos sino a través de sus afectos. No dejarán de ser los tuyos y les aprecio dispuesto, si me correspondiera, a ser uno de ellos.

Un estilo singular

Podría pensarse que el estilo es cosa de quienes ya tienen satisfechas todas sus necesidades, una suerte de aditamento para complementar u ordenar la existencia, un ornato para gente acomodada. Encontramos, sin embargo, quienes tienen un estilo extraordinario y ello no responde a que han resuelto sus problemas.

No es fácil de definir en qué consiste eso del estilo. Tampoco se trata ahora de hacerlo y, desde luego, podría decirse que depende directamente del gusto de cada cual. De ello deriva el que lo apreciemos de una u otra manera. En todo caso, hemos de asumir que no es un asunto que se dilucide simplemente. Sin embargo también es cierto que apreciamos como un valor el tener estilo propio. Resultaría frívolo reducir la cuestión a aspectos estéticos, por cierto nada desdeñables, ni siquiera sin más a la apariencia o al cuidado de las maneras. El estilo tiene un alcance integral que vertebra todas las acciones y que se incorpora en uno mismo siendo constitutivo de lo que cada cual es.

Si no me agrada el estilo, no me gusta. Es lo que me ocurre con todo. Y no es cosa de gestos y posturas, o no lo es sólo, sino fundamentalmente, de actitudes, de modos de entender y de considerar los asuntos, de maneras de relacionarse, de tratar a los demás, de comunicarse, de vérselas con los objetos, de afrontar los desafíos, de sobrellevar los inconvenientes y los problemas, de comprometerse y de responsabilizarse, de vestirse, de andar, de mirar y, en gran medida, de saber estar a la altura de las circunstancias, sobre todo para buscar modificarlas cuando son inadecuadas. Puede decirse que, en definitiva, el estilo se abraza con nuestras convicciones y es tan transparente como ellas.

Hay sin embargo algo profundamente corporal en el estilo. Algo que se hace cuerpo y se incorpora en nosotros mostrándose como mucho más que un rasgo físico. Desde luego sostiene la mirada, que cuando carece de estilo y es atolondrada o simple ya es difícil ir muy lejos en este asunto. Y, a su vez, es raíz de todos los movimientos, los de alejamiento, y los de demora, los de permanencia, los de aproximación. El estilo es el que marca la distancia adecuada, esa que resulta tan propia, tan agradable, tan individual y efectivamente, a pesar de una cómoda identificación con estilos de grupo ya

caracterizados, que garantizarían algún éxito en determinados ambientes, el buen estilo tiene un componente singular. Es más, es lo que se nos muestra una y otra vez como la fuente del atractivo personal.

El estilo nos azuza como una relación inteligente de los instintos entre sí y es para nosotros un verdadero estímulo. Me gusta tu estilo es ya decir mucho, es ya abrir las puertas de la consideración, del interés despertado, de la atención, de la mirada a cada gesto, a cada movimiento. Y me gusta porque siempre dice, en cada decisión y en cada objeto, en cada mano próxima y en cada despedida. Cuando se reconoce que se ama el estilo de alguien, ya sabemos en qué caminos se entrevera la relación. Efectivamente, tu estilo es singular. Y muy atractivo y agradable. Decir eso es ya decirlo casi todo.

Vámonos

Toda relación está convocada por los lugares, los países, las ciudades que habría que visitar. No son exactamente planes y no está claro que ello acabe en viajes. Pero están ahí al alcance, si no de la mano, sí al menos del deseo. Y no importa que se trate de sueños convencionales, de tópicos, de espacios ya conocidos o reconocidos. Allí sería posible un paseo, callejear, cenar, fugarse en cierto modo de uno mismo y supuestamente de la propia vida, precisamente viviéndola. Siempre nos aguarda tanto como nosotros a él. Ese viaje es no sólo el símbolo de lo que carecemos, de lo que buscamos, de lo que perseguimos, es otro mundo que en realidad es tan en el nuestro que nos permite entenderlo como más diverso, más divertido. Puede considerarse de modo exótico, lejano, hacia otras culturas y formas de vida. Incluso en ese caso se incrusta en nuestra cotidianeidad. Sólo hay en rigor viaje si se prevé tarde o temprano el retorno.

Buscamos la sorpresa, lo que nos desconcierta, lo que nos desplaza, lo que nos disloca, lo que nos impulsa a otras posibilidades. Pero el viaje trata de enmarcar ese riesgo bajo un cierto control. Por eso conviene esperar mucho de él, pero no demasiado. La clave, una vez más, es con quién se hace esa travesía, que no se reduce a un cambio de lugar, ni depende exclusivamente de la distancia. Las ciudades, los paisajes, los parajes, incluso aquellos que se ven o recorren sólo, son siempre la memoria de una relación. Quizá consigo mismo, o con alguien que está aún por venir, o con quien es ya compañía. Y con ello cada rincón cobra color afectivo, está dibujado por los sentimientos, por las emociones, se hace verdad como pensamiento vivido, como vida pensada, esto es vida vivida.

La historia de una relación es también el relato de las ciudades, de los países, de los lugares. Y no sólo de los ya recorridos, sino en gran medida de los que nos aguardan y siempre nos convocan. Su llamada es el preludio de lo que nos queda por vivir. Cuando no hay ya más por visitar, por admirar, cuando ya no podemos deslumbrarnos más, todo está acabado. No sólo los viajes.

El equipaje está preparado o a punto de completarse. Ya no hace falta más. Ante nosotros lo que nos espera. En verdad aquello hacia lo que dirigimos no está ultimado. La ciudad que vamos a visitar ni es ya como la habitaremos, ni será ya nunca más como era antes de que la

vivamos y, en cierto modo, la construyamos un poco más. Como un buen libro precisa de la lectura para ser lo que es, esto es lo que puede llegar a ser, nuestra ciudad aún incipiente espera nuestra llegada, aguarda sin expectativas. Nos hemos elegido mutuamente. Ya forma parte de quienes somos y de una u otra manera será ya siempre con nosotros.

No bastará con adecentar las calles, iluminar las fuentes, abrir las puertas de los museos, preparar los veladores, extender los manteles, disponer las librerías... una ciudad es en gran parte la vida de quienes la habitan, sus pasos, sus sueños, sus deseos, sus frustraciones, sus logros, su ir y venir tras de sí mismos y de los demás, en busca de una vida por vivir. Vamos por tanto con ellos. Quizá sólo así podremos labrar algo juntos que pueda habitarse. Siempre al lado de otros sueños y deseos y compartiendo sus avatares. Vámonos.

Desencuentro con palabras

No pocas veces ni coincidimos, ni nos encontramos. A pesar de tantos afectos, de tantos esfuerzos, en ocasiones no hay manera. No es que no lo intentemos. Hablamos, mostramos lo que pensamos, lo que sentimos, cómo vemos esto y aquello, nos centramos en los asuntos controvertidos, analizamos, debatimos, discutimos y no hay modo de que haya un verdadero reconocimiento, una conciliación. Ni siquiera aunque nos escuchemos cuidadosamente o tratemos de comprender las razones del otro, nos pongamos en su lugar y seamos exigentes y críticos con nosotros mismos. Eso nos produce algún desánimo, lo que grandilocuentemente decimos que nos desespera. Entonces es cuestión de buscar un culpable y, si es necesario, inventarlo. Podemos empezar por implicar a alguien del entorno, un familiar o un amigo como causa de nuestro desencuentro.

Las situaciones y los ejemplos son innumerables y no sería difícil caracterizar tópicamente el asunto. Si con ello no avanzamos, podríamos echar mano de los reproches. Siempre hay algo que en los demás no es procedente o adecuado. Además, algo no se habrá hecho bien y, por otro lado, ellos también tienen sus defectos y manías que, en esta ocasión, pueden servirnos como excusa o coartada. Todo eso tal vez sería suficiente para no sentirnos directamente responsables, pero en general difícilmente resuelven ningún desencuentro.

Quizá se trate más bien de detenerse concienzudamente en la cuestión y desgranar pormenorizadamente lo ocurrido o lo que podría llegar a suceder. Entonces, en el mejor de los casos, empezaría el combate de los argumentos. De no ser así, lo que sin duda sería peor, podrían sucederse los discursos, completándose alternativamente sin necesidad alguna de entenderse o de enriquecerse. Cada pieza tendría sentido por separado y uno tras otro mostraríamos nuestras supuestas buenas razones. Ello exige mucha paciencia, mucha entereza y mucha educación. De no ser así, irían dejándose, como gotas de rocío sobre las hojas, perfumes envenenados de pequeñas dosis de experiencias, imputaciones, inculpaciones, exculpaciones, defectos, afrentas, olvidos... que irían minando los afectos y generando emociones y sentimientos encontrados. En uno mismo y con los demás.

Es necesario hablar, es imprescindible hacerlo. Pero eso es bastante más que decir palabras, frases o contar lo que uno siente o le pasa. En

ocasiones no nos encontramos porque simplemente hablamos, sin decirnos. Para hacero necesitamos confiar en el hablar pero entregarnos más a la palabra. Y la palabra no se dice sólo con palabras. Exige todo, nos lo exige todo. En última instancia, nuestra verdadera palabra es nuestra forma de vivir, que es lo que hemos vivido, lo que vivimos y lo que buscamos, perseguimos y deseamos vivir, solos y con los demás. Ellos oyen nuestra palabra también en ocasiones cuando estamos silenciosos. Les decimos así mucho.

Por eso, para encontrarnos precisamos el gesto y la acción. Y puestos a expresarnos, no sólo todo nuestro cuerpo es elocuente, lo es también y sobre todo nuestra forma de vida. De ahí que resulten tan inviables los encuentros cuando dichas ya las palabras, con toda su consistencia y todas sus contradicciones, no hay más que decir. De ser así, se producirá una mayor divergencia, una grieta sin sutura, se ahondará la distancia y el desazón y el desánimo lo invadirán todo. Y podría ocurrir que discutiéramos, que nos enfadáramos, que nos riñéramos, que nos tratáramos como no merecemos quienes nos apreciamos. Es precisamente en este aprecio, hasta el querer, hasta el amar, donde se sostienen nuevas posibilidades de la palabra. Sin ello no hay mucho que hacer por más que hablemos. La mano tendida y próxima, la mirada, la caricia, el silencio compartido, el abrazo sirven no para olvidar, no es de lo que se trata, sino para comprender. Me gustan quienes son bellos de palabra. Me gustas también de palabra, porque sabes cuándo y cómo decirla sin reducirla a palabras.

Saber luchar

Ser luchador es una cualidad, ser beligerante no. Decimos que la vida es un combate y con ello queremos subrayar que no es cuestión de esperar que los asuntos se resuelvan solos sin nuestra dedicación y nuestro esfuerzo. Bien sabemos que para lograr algo, en líneas generales y para la mayoría, es indispensable luchar por ello. Y además no incidental o puntualmente, sino insistente y persistentemente. No es cuestión de derrotar, de arrebatar, de eliminar, de borrar, sino de crecer juntos. Por ello los combates no han de ser necesariamente contra otros. Podríamos hacerlo juntos, distribuir y compartir éxitos. Pero no hemos de ignorar que caben legítimamente sentimientos encontrados. Tanto que sean incompatibles y contradictorios. Es entonces cuando admiro a quien sabe hacer valer sus razones, esgrimirlas con argumentos, defender su posición, ser coherente, insistir en lo que le parece más conveniente o procedente y saber concluir sin necesidad de llevarlo todo hasta el final, arrasando con tal de lograr una victoria. Eso hace que sean tan atractivos no sólo quienes saben perder, sino en gran medida quienes saben ganar. Es la única manera de triunfar efectivamente, sin producir más daño, dolor y víctimas de los propios éxitos. Hay que ser luchador incluso para no ceder a los arrebatos y los mareos que producen las victorias. Hay que ser luchador incluso para saber ser derrotado sin perderse.

He encontrado en mi vida mujeres y hombres extraordinariamente luchadores. En gran medida se ha tratado de seres apacibles y no pendencieros, que huyen de las provocaciones y de las exhibiciones, que no se muestran arrogantes en sus combates, sino que lisa y llanamente defienden sus puntos de vista, sus posiciones y sus convicciones y que luchan por ellas. Y para hacerlo luchan con ellas, sin necesidad de renunciar a las mismas para lograr un éxito a cualquier precio. Bien saben los buenos luchadores que en los combates no todo vale y que hay reglas de juego. Conocerlas y seguirlas no les impide ser insistentes y desarrollar su labor con oficio.

Ante la ostentación guerrera que busca la aniquilación del otro, que es considerado un enemigo, el belicoso luchador entiende la posición del contrincante y la combate. Y esas posiciones existen. Y esos contrincantes también. Y cuando esa situación se da no es bueno

saberse solo. Ciertamente nadie vivirá tu vida ni peleará tu combate, pero sí puede luchar contigo, a tu lado. Por un objetivo común o por una convicción o por un afecto que hace de ese objetivo algo efectivamente compartido. En esa situación se muestra la valía, el coraje, el valor y la capacidad de defender conjuntamente algo y de hacer valer a la par las propias posibilidades.

Si resulta atractiva tu condición de luchar es porque la vinculas a tus principios y valores. No son las indiscriminadas ganas de intervenir, de vencer, sino la cuidada voluntad de participar en el espacio en el que se dirimen los asuntos, en la arena en la que con el combate se dibujan algunos destinos, aquellos que dependen de lo que hacemos. No encuentro atractivos a quienes se rinden, se cansan, se entregan entre lamentos y quejas, que no hacen sino confirmar no tanto limitaciones que no pueden atribuírseles cuanto carencias de aliento, de espíritu, de capacidad. Y todo les resulta inasequible, inviable, excesivo, incluso pelear por lo que creen, por lo que desean, por lo que persiguen. Sin embargo, cuando alguien a nuestro lado lucha por lo que sueña, reactiva en nosotros la posibilidad de pensar en lograrlo.

Sentir tu dolor

A veces nos duele en nuestro propio cuerpo el mal ajeno. No se trata de que suframos las secuelas de la acción de los demás, cosa que sin duda puede ocurrir, es que nos duele su dolor. No es sólo que lo lamentamos, es que lo padecemos incluso físicamente. Nos ponemos malos. Esta capacidad de enfermar o de sufrir simpáticamente confirma hasta qué punto entre nuestros cuerpos hay más que una atracción. En alguna medida, la salud es social y no nos encontraremos en puridad bien hasta que no estemos todos perfectamente. Por ello, la salud es el nombre de una tarea, de una labor, de un horizonte que, en todo caso, ya va dando frutos bien concretos y cuantos más mejor. Sin embargo, cuando compruebo tu malestar, tu incomodidad, tu desazón, cuando constato que tu molestia es ya dolor, cuando noto que no encuentro el modo de aliviarte o de descansar, me pongo literalmente malo.

Me inquietan tus noches largas, de poco consuelo. Y no puedo dejar de tener la sensación de que no soy capaz, de que no sé, de que me confundo, de que me quedo paralizado. No es fácil acompañar y, en alguna medida, es insuficiente. Sentirte al lado y saberme limitado para aliviarte, para sanarte, me produce realmente un malestar cómplice no sólo con el dolor, también con la enfermedad. Y me sé tan inepto como, quizás inexplicablemente, responsable de algo de lo que no soy culpable. De todas formas, velo a tu lado mientras esperamos juntos que las medidas surtan efecto, que las palabras también sanen y que los afectos ofrezcan alivio y consuelo.

Cuando llega el dolor deja en evidencia las reiteradas molestias, nuestra letanía de quejas ante los sinsabores y penalidades cotidianas. Irrumpe con una contundencia que arrasa el cuerpo y nos sitúa en la tensión de la máxima exigencia. El ánimo se ve afectado y no basta ni el temple, ni la paciencia. Se requiere lo mejor de uno mismo y en esas ocasiones podríamos salir derrotados por incomparecencia. Tal vez, no estamos para nada. Mejor, no estamos para incidir, sino para tratar de estar atentos y, en todo caso, para vernos afectados.

Al comprobar el dolor de alguien, al contrario de quienes injustamente tratan de encontrar un culpable, cuando no de entender que ello obedece a alguna suerte de castigo, me conmueve su inocencia. No puedo dejar de sentir la injusticia, lo que no impide que

considere la salud como un regalo de la vida. Te siento sin otra perspectiva que padecer y aguardar. Te duele, tanto que el dolor trata de adueñarse de ti. No podemos pedirte mucho y no podemos hacer demasiado. No me basta con sufrir. Ello es tan poco fecundo como poco evitable.

Han pasado esos días duros e intensos, febriles y dolorosos. Ya te encuentras mejor. Y yo también. Una vez más he constatado que la intensidad de los afectos vincula atravesando los cuerpos propios y enlaza con el sentir del otro. Preferiría no haberlo visto claro así. Pero ya lo sé un poco más. Puedo suponer lo que significa el dolor sin espera ni expectativas, que todo lo puebla y que toma posesión de la vida de alguien. Y, quizá, en ese dolor intenso y en esta enfermedad que hemos vivido ratifico que puedo sentir en mí lo que en ti ocurre, hasta el punto de que en cierto modo sucede en mí. No deseo más comprobaciones.

Tener que ver con alguien

Es cierto que hasta que no nos hemos oído, prácticamente no nos hemos visto. No lo es menos que no basta con vernos. Necesitamos vernos mirar. Me gustan quienes enseñan sus ojos, los mantienen, los contienen, los abren y los cierran pero siempre en un gesto de atención, de entrega, de donación. Me incomodan quienes miran a otra parte, o dan la mano distraídos, o saludan o brindan sin mirar fijamente a los ojos. No soportar la mirada de alguien es tanto como ser demasiado, mucho o poco, para él, para ella. Los ojos amigos se entrecruzan de tú a tú y gozan mientras el silencio o la palabra cuenta con ellos para componer el gesto y la palabra. No es fácil decir sin que intervenga la mirada.

Podría describir pormenorizadamente tus ojos. Sé cómo son. No siempre iguales. Ni uno respecto del otro, ni cada uno respecto de sí mismo. Es cierto que sobre una base común, pero necesito verlos con frecuencia para confirmar hasta qué punto sé y no sé quién eres, qué deseas, qué buscas, qué persigues, qué te hace soñar y por qué luchas, quién te mira y a quién miras. Y, como es razonable, con tantos objetivos uno se encuentra desbordado. Finalmente me conformo con intuir, con atisbar cómo estás y qué día tienes. Imagino que cuando miro soy mirado y es probable que vea en ti algo de lo que me ocurre a mí. Es más, considero que en ocasiones necesito verte para saber cómo me encuentro. Pronto me lo haces ver con tu mirada.

En la buena mirada aguarda una amistad por venir, se atisba una relación. A veces con tanta claridad que ya sabemos a primera vista lo que podemos esperar de alguien. Suele haber sorpresas, pero incluso éstas se construyen no tanto en un abrir y cerrar de ojos cuanto en una sucesión de días y de miradas. En ellos se labra el alcance de nuestra sensibilidad, de nuestra sensualidad, de nuestra inteligencia. No faltan ojos bonitos con una mirada insulsa, mares de buen color y poca hondura, sin horizontes, sin misterio, sin energía, sin costas ni cabos ni tormentas. Mares sin vida. Tanto que en rigor impiden que eso que resulta inicialmente agradable venga a ser finalmente bello.

No pocas veces decimos nuestra palabra decisiva con una mirada. Y no siempre es fácil leerla, interpretarla, comprenderla. Porque no basta con verla. Mirar es más que ver o, al menos, algo otro. No es que precisemos ser mirados para ver, pero es necesario un adecuado mirar

para que podamos en verdad ver. Eres indispensable para que sea capaz de lograrlo. Tienes tanto que ver conmigo que sin ti no veo determinadas cosas, no alcanzo, no llego, no accedo, muy singularmente a los demás. No se trata sólo de una mirada compartida, es que creo que en cierto modo únicamente me ven realmente quienes me ven contigo. Incluso sólo aparezco a tu lado. Ya soy contigo.

Tal vez por eso me desagradan las miradas esquivas, las inquisidoras, las displicentes, las arrogantes, las satisfechas, las indiferentes, y valoro tanto cuando directa, sana y sinceramente nuestros ojos se ven, cara a cara, porque así encuentro tu rostro. En él te hallo singular y espero tu palabra. Hay miradas de ciego que ven más, con otro alcance, con otros recursos, que esos ojos secos de apatía, de desconsideración que no son capaces de entrecruzarse con los de los demás y decir en silencio el preludio que anticipa una conversación, tenga ésta lugar o no. Prefiero el ojo háptico, el que toca y acaricia lo que ve, el que lo toma y lo abraza, al ojo panóptico, que si mira es para vigilar, para controlar, para normalizar. Tus ojos son simpáticos, capaces de sentir, padecer y alegrarse con los míos. Al mirarnos, ya nos entregamos lo que somos.

Recibir y dar

Nos iremos sin llevárnoslo todo. Lo que encontramos estaba bien. Desde luego no nos gustaba tanto como desearíamos. Venimos haciendo cuanto podemos, supongo. Sin duda, a la vista de los resultados, no debe ser suficiente. Basta con recordar el hambre, la pobreza, la miseria y la ignorancia del mundo para contener cualquier satisfacción o euforia. Pero no es cuestión sin más de trasladar lo recibido. Admiro a quienes son capaces de hacerlo valer mejorándolo. Desde luego, empezar en serio es en gran medida reemprender. Hemos heredado no sólo algo cerrado y definido, sino un depósito de posibilidades. Y se espera que estemos a la altura del esfuerzo inenarrable de quienes han configurado los espacios y los tiempos en los que somos.

Me desconciertan quienes insensibles al legado que se nos ha entregado y se nos entrega una y otra vez muestran indiferencia para con la dura labor de quienes han venido ofreciendo sus vidas para configurar nuestra realidad. Y esa insensibilidad puede producir, o bien por desconsideración para con lo que hemos recibido o por tomarlo como algo irremisible, un sarcófago que sólo puede quizás abrirse y admirarse. Y entonces esos desaprensivos estiman que lo verdaderamente innovador es mostrar indiferencia para lo que se nos ha transmitido, y que lo interesante es liberarse de cuanto no ha sido directamente producido por nosotros mismos. Una mala comprensión nos conduciría a pensar que ser joven es desprenderse de cuanto no es fruto de nuestro propio quehacer, de nuestro elaborar. Evidentemente no es cuestión de repetir una y otra vez lo vivido, de recitar lo ya pensado, de reproducir y de conservar lo que se nos ha entregado. Pero me gustan quienes agradecidos para cuanto han recibido son capaces de reinventar, de reescribir lo narrado y de crear nuevas posibilidades.

Hay un aspecto que valoro muy singularmente en aquellos a quienes quiero y que quizás es una de las poderosas razones de mi admiración y de mi afecto. Consiste en que no piensan que con ellos se inicia la realidad, ni empieza la verdad, ni se inaugura la tierra. Sobre todo, no estiman que hay que arrojar cuanto no nazca de sus propias manos. Sin recibir, no hay modo de entregar. Sin escuchar, no se puede hablar. Sin contemplar, no se puede dar a ver. Sin heredar un mundo,

no se puede ser.

Hay en quienes aprecio un sabor novedoso que paradójicamente consiste en que resultan intempestivos, extemporáneos. Son tan de hoy que sólo puede explicarse que es que son un poco de siempre, de cualquier tiempo, de esos momentos que nos ocurren en cierto modo a todos. Sería demasiado decir que resultan clásicos, lo que supone algo verdaderamente innovador. Esto que no deja de suceder les ocurre a ellos, ocurre en ellos. Y pienso que es lo que te pasa. Es admirable tu porte sin actualidad, tan del presente, tu voluntad de hacer valer tus razones, en la que brilla el esfuerzo histórico que ya no es propiedad de nadie. Y si resultas moderna es porque ofreces el rostro de un nuevo tiempo, de un tiempo nuevo. Se borran las épocas y ya no es cuestión de parecer moderno, ni de estar al día, ni de dejarse cegar por el afán de novedades. Eres sin manual de instrucciones de deslumbrar, ni catálogo de comportamientos estereotipados para lucir contemporánea. Si eres inclasificable es porque has recibido lo que nos viene tan de lejos y tan reiteradamente que es innovador cuando te alcanza a ti y lo reescribes.

Al mirarte, al verte, al caminar contigo, tengo la sensación de estar arropado por quienes ya no están sino en ti, en lo que has acogido, en quienes hacen que seas quien eres. Y así, a tu lado, siento que algo podemos hacer llegar a aquellos que quizás aún ni están. Enlazas con lo que recibimos y me convocas a entregar algo mejor. Somos para darnos.

Ningún acto basta

No existe el encuentro perfecto, definitivo, luminoso. Abrazarse es constatar que nunca nos identificamos en una unidad sin fisuras que nos confundiría en algo indiferenciado. Nuestros sentimientos se tocan como sólo los pensamientos saben hacerlo, pero no alcanzan lo que persiguen. Las manos del pensamiento llegan donde nuestros dedos y nuestro corazón se muestran torpes, incapaces. Pero no es sin más la imaginación, es el deseo, es la voluntad, la pasión y ahí el eros es más eficaz que cualquier otra técnica amorosa, gimnástica o atlética. El pensamiento duda si incorporar los afectos a lo más físico de cada uno de nosotros o dejarse de disquisiciones y considerar todo con una capacidad de integrar con más alcance que cualquier unidad. No nos fundimos en uno, nos disolvemos conjuntamente en miríadas de sucesos perdidos y paradójicamente así nos encontramos cerca, buscando juntos, buscándonos en algo otro.

Pero te busco en tu cuerpo como tú misma te buscas en él. Mi distancia es nuestra distancia, la misma que tú tienes respecto de ti misma. Por eso nuestro abrazo en gran medida te abraza a ti contigo. Y si me acerco a ti es en tanto me aproximo a lo mejor de mí. Por eso nos sentimos queridos. Y esto ocurre de muchas maneras, aunque muy singularmente cuando el placer cuidadosamente convocado irrumpe entrelazando lo que no podrá jamás vincularse de modo definitivo. Tal vez entonces el camino sea la reiteración, que no es vacía repetición, sino recreación. No es la insistencia, es la persistencia y la intensidad. Lo nuevo cada vez.

La obsesión por lograr un encuentro perfecto que alcanzaría su plena realización en la ejecución de un acto, sea éste cual fuere, impide en ocasiones que se produzca una mayor cercanía. La precipitación que trata de consumar la búsqueda con la supuestamente decidida resolución ignora que el *tempo* del *eros* no es necesariamente el de un resumen ejecutivo, que con una adecuada estrategia y bien definidos objetivos produce excelentes frutos. Esta noción calculadora que considera técnicamente hasta los afectos acaba valorando las relaciones según la cuenta de resultados. Quienes proponen así las cosas entienden que la generosidad o la entrega excesiva no serían sino desviaciones impropias de personas inteligentes. Ya no se trataría del razonable control, de las medidas y de la mesura que han de

acompañar nuestras acciones, incluso las más profundamente pasionales. Para esos rentistas del amor éste estaría supeditado, sumiso, en suspenso, a merced de otros beneficios. Ello condicionaría de modo determinante la elección, la ocasión, la decisión y la dosificación.

La irrupción del rostro y de la mirada de alguien que realmente se incorpora a nuestra forma de vida, introduciendo su palabra, mezclándola, dándola, trastorna el reinado del cálculo. Cuando nos mira o acaricia, cuando ríe, cuando calla, y más singularmente cuando busca y lucha a nuestro lado, atendiendo conjuntamente aquello que a la par nos llama, el abrazo sabe seguir cuidada y pormenorizadamente pasos, senderos y vericuetos, como el agua sigue y altera sus cauces, como la sangre incluso a borbotones halla salida. Y cuando todo ha quedado supuestamente dislocado, el encuentro del deseo y del placer ofrece una armonía que sólo esa dislocación otorga. Pero no es el fin, es vida por vivir.

Somos hijos

A veces hablamos de ellos. Es difícil no hacerlo. Además lo preferimos, nos gusta. Son nuestros hijos o podrían haberlo sido, los que decimos, con una expresión un tanto posesiva, que tenemos. Los que quizás hemos soñado con que podrían haber nacido o nacerán. Los reconocemos en algunas miradas, en algunos rincones, en determinadas calles. No es infrecuente sentir su desvalimiento, una suerte de desamparo constitutivo. No es sólo que la vida no es fácil, ni que nos identificamos con lo que ya hemos vivido, es que no saben muy bien qué decir, del mismo modo que nosotros tampoco sabemos muy bien qué decirles. Vemos en los ojos de su desorientación nuestros propios ojos. En ocasiones, lo que nos produce desconcierto es que su pérdida tiene tanto que ver con la nuestra. Nos alteramos por su poca paciencia, por su descuido, por su falta de valores. Y con razón. Pero es aún más inquietante lo que eso tiene de nosotros mismos, de lo que hemos transmitido, de lo que hemos contagiado, de lo que hemos hecho, digamos lo que digamos. Ciertamente, no todos igual ni en la misma medida, pero ellos crecen y aprenden con nosotros, de nosotros, no sólo de nuestros libros y consejos.

Me produce una gran emoción conocer a los hijos de mis amigos, oírles hablar de ellos, y me detengo en cómo los muestran, los abrigan, los comprenden y los reinventan. Todo, eso sí y si fuera necesario, envuelto en una serie de lamentos, quejas y deseos. Nunca son suficiente, o quizá son demasiado. Pero, en general, escucharlos es atender al relato de los afectos, al afecto hecho narración, a la encarnación de lo más decisivo de la vida de alguien en una retahíla de incidentes, acontecimientos, sucesos, anécdotas. Todo para subrayar hasta qué punto, en cualquier caso, son determinantes.

He querido y quiero profundamente también a quienes nunca jamás he visto. No sería adecuado decir que no he conocido. Mi afecto ha crecido por una extraordinaria contaminación positiva. He oído hablar con tal intensidad y pasión de alguien, a veces pausada y serenamente, con tanto calor y cordialidad que he sentido cómo se encendía en mí una cálida vinculación. Ahora ya en ti están ellos, forman parte no sólo de ti sino de lo que yo ya siento a tu lado. Y así tus hijos, los que tienes o podrías tener, fecundan nuestra relación. Me los imagino por cómo los describes, pero sobre todo por cómo los sientes, por lo

determinantes que son en tu vida, por tu temor a su pérdida, por la emoción que transmites al hablar de cada pequeña incidencia o situación. Sus rasgos físicos, sus palabras, sus disparates anuncian también tus propias preferencias, lo que hay de ti en ellos, lo que de ellos me gusta en ti.

Sé que desprenderte de lo que son es tanto como desvincularte de ti misma. Incluso desligarte del hijo que nunca has pensado en tener es ya un modo de relación contigo que forma parte de ti. Siempre alumbras. Y así, en cada uno de esos niños, chavales, adolescentes, hombres y mujeres, late nuestro afecto, que se hace fecundo deseo, solidaridad y voluntad de trasmitir, de otorgar, de crear algo distinto. En nuestros sueños, mejor. La filiación anticipa la fraternidad y nosotros, a nuestro modo, somos ante todo hijos.

Sin fin

Estar vivo consiste en no llegar a término. No es que seamos en permanente tránsito, como si nuestra existencia fuera la de un viajero hacia un destino elegido. Destacar que estamos de paso no responde al alcance de lo que queremos subrayar. Tratar de considerar que nos encontramos entre dos supuestas plenitudes, la de antes de nacer y la que nos aguarda tras la muerte, supone ignorar que precisamente nuestra plenitud es la realidad de esta vida que vivimos. Si somos errantes, nómadas, no es porque nos encontremos coyunturalmente en un momento de transición, es que consistimos en ser quienes viven en un perenne vagar. No hallaremos un reposo definitivo en el que podamos acomodarnos.

Este desacomodo, esta incomodidad forma tanto parte de quienes somos que conviene asumir que nunca descansaremos en un hogar sin fisuras. Nuestro hogar es la atractiva intemperie de lo que sucede, que puede comprenderse pero que en modo alguno ofrece una habitación para fijar sin riesgos la vida. No sería adecuado atribuir a este desamparo la pesadumbre que de una u otra manera siempre nos acompaña tanto, es tan nuestra. Un ruido ininteligible suena en cuanto hacemos. No es sólo el permanente *pero*, el de una incompletud, como si pudiera suturarse con alguna mejora. Es que vivimos mientras somos inconclusos, por lo que siempre nos falta, por lo que buscamos y perseguimos. Y también por lo que nos ofrece lo que nos provoca, lo que nos trasforma, lo que nos hace ser de otra manera.

No acabamos de dar con lo que buscamos, como en cierto modo no finalizamos de ser quienes somos. Sólo en cierto modo, ya que forma parte de nosotros no ser nunca del todo. Es cuestión de no desistir, de no rendirse a ninguna evidencia. Pero eso sólo es posible con alguien cerca, que nos desafíe, que nos confirme esta suerte de extrañeza que es tan nuestra. Vagabundos y errantes deambulamos en múltiples direcciones. No es la meta la que nos convoca como una llegada. Vivir no es un medio. Por ello no busco arribar al puerto de ninguna plenitud. Sin embargo, esa plenitud se atisba e irrumpe en el camino, en la travesía, es itinerario.

La alegría de compartir la vida no es la del asentarse en la residencia de lo que ya es inamovible, ni la de la posesión del terreno, ni la de la adquisición definitiva de la certidumbre. Hay algo

difícilmente soportable en esta intemperie. Tu compañía no evitará la travesía. Ni es lo que deseo. A tu lado, quizás en itinerarios diversos podamos coincidir en ser permanentes viajeros, buscadores, descubridores, inventores, creadores. O, simplemente, quienes viven en la conciencia de sus propias limitaciones. Vagamos permanentemente y por ello disfrutamos con gozo de que no se vislumbra la meta.

Te reconozco

Lo siento. No recuerdo cómo nos conocimos. Ni siquiera estoy seguro de que lo hayamos hecho. No tengo constancia de ninguna luna, de ninguna melodía, de ninguna palabra decisiva. No fue, ni ha sido, ni creo que sea ya un momento fulgurante. Ha resultado más un encuentro que un hallazgo. No sucedió de golpe ni tampoco poco a poco. Ni una vez por todas, ni paulatina y progresivamente. Tengo curiosidad. Me sorprendes y sin embargo te me haces familiar. Es increíble pero te reconozco más que te conozco. Y sobre esto sí me cabe tener memoria. Siempre me da la impresión de que ha sido hoy mismo y eso me sucede a diario. Desde hace tiempo, tanto como para pensar que hace mucho que te reconozco cada día. No podría ni caracterizarte, ni clasificarte. Y sin embargo resultas inconfundible. Eso hace de cada jornada un día de aniversario, de lo que sucediendo por primera vez me viene ocurriendo de nuevo con frecuencia. No pierdo la esperanza. Quizá sea hoy.

Te reconocí antes de conocerte. Tal vez un cierto aire de familia, unas maneras, una mirada, un modo de callar y de vestir que claramente trasmitían una forma de vivir y de pensar. Pronto supe que al preguntarme por ti en gran medida me habría de poner yo mismo en cuestión. Y desde entonces cada mañana despierto intrigado por saber qué me hará reconocerte en esta ocasión. Siendo la misma, no eres igual. Algo pervive sin embargo en tu permanente cambio. Y me gusta. No te conformas, no te rindes, no te resignas. Tal vez eso fue lo primero que vi. Pero no era un rasgo sin más físico, ni un color de ojos, ni una cicatriz. Es algo que sólo puedo comprobar en tu acción, en tu palabra, en tu compromiso. Y cuando llegan, llegas tú, nueva de nuevo, renovada una y otra vez. Se trata de algo que no se deja poseer ni retener. Eres alguien que nunca tendré, que sólo vendrá a mí como una donación, como una elección cada vez, con un rostro que habré de reconocer en cada caso. Así la proximidad será mayor y el encuentro más intenso, más duradero, de más alcance.

He pensado que quizá podríamos intentar conocernos a fondo. Y contarnos la vida y lo que nos pasó y nos pasa, y lo que deseamos y buscamos. E interpretar en largas conversaciones lo ocurrido. Y dirimir los conflictos. Y explicitar nuestras inquietudes. Y elaborar el listado de los agravios. Y dar cuenta de los desengaños. Y pedir

explicaciones. Y ofrecerlas. Y perdonarnos. No está mal. Pero no sé si así nos reconoceremos más y mejor, como si se tratara de mostrar un supuesto verdadero yo. Ciertamente hemos de decirnos mutuamente pero si vamos a quedar para conocernos espero que no requiramos un manual de instrucciones. Ni del entorno ni del alcance de los cuestionarios y de los interrogatorios. Lo interesante de verdad no es sólo cómo somos, sino cómo nos hacemos y venimos a ser juntos. Puestos a conocernos, espero que contigo pueda ser reconocido como alguien vivo. Cuando te vi no te conocí. Pero pronto supe que me harías más soportable para mí mismo. No nos fue necesario darnos un repaso. Fue suficiente con que nos diéramos una vuelta. No de paseo, sino de retorno, de recreación. Tu modo de conocerme no fue confirmar lo que era, sino hacerme también para mí mismo mejor. Y en eso te reconozco cada día.

Saber divertirse

Es imprescindible divertirse. Y no es tan fácil como pudiera parecer o suponerse. Ni tampoco está tan claro cómo hacerlo. Desde luego hay estilos y modos bien distintos de lograrlo. En ello también hay diversidad. Y ésta es la gracia del asunto, la diversidad del divertirse. Y exactamente es de esto de lo que se trata, de que vengamos a ser en alguna medida otros, nos diversifiquemos. No basta con distraerse.

No nos referimos a ninguna suerte de gran acontecimiento, de estruendo, de estridencia, lúdico, festivo, de un verdadero espectáculo para nosotros mismos. Eso ni se descarta, ni se desestima. Me interesan quienes son divertidos. Ni es necesario que sean graciosos, ni es aconsejable que sean frívolos. En general éstos no son los caminos más adecuados para la diversión, sino para la repetición de lo igual, que es el aburrimiento. Es extraordinario y agradable coincidir con quien no se limita a hacer cosas divertidas, sino a que sean divertidas las cosas, los días. Con él, con ella, todo cobra un carácter singular, del que uno sale renovado. No es fácil de describir. Es un sentido del humor y algo más, algo distinto. En cierta medida, junto a alguien divertido ocurre lo irrepetible, lo que hace de cada situación una oportunidad para la recreación. Todo tiene el sabor de algo distinto.

Divertirse con alguien es decisivo para compartir vida a su lado. Esto es bien serio. Y muchos divertidos suelen serlo sin necesidad de engolar la voz ni de mostrarse circunspectos. Alguien bien serio puede ser, como sabemos, alguien bien divertido. Es que, en definitiva, divertirse es cosa seria. Tanto que no pocas veces gracias a ello podemos reír y reír de verdad.

Quienes una y otra vez tratan de aplanar cuanto hay y sucede, o bien precipitando una fatua diversión o impidiendo una diversión creativa, no son buenos compañeros de jornada, ni en las tareas cotidianas ni en las faenas de la vida. Me gustan aquellos con quienes todo resulta sorprendentemente inaudito. A veces por pequeños detalles, otras porque su mirada disloca lo convencional, otras porque su serenidad saca de quicio a lo que ocurre, en lugar de que suceda lo contrario. Y entonces no hace falta que el plan sea extraordinario, ni el viaje exótico, ni siquiera que resulte inaugural o novedoso.

Si no se abren otras posibilidades, aunque sea en el contexto de lo que nos es más común, es difícil que algo, que alguien, llegue a ser

divertido. No podemos esperar que la sorpresa sea permanente porque en cada ocasión descubrimos algo. Hemos de descubrirnos a nosotros mismos. De lo contrario, incluso lo más diferente nos dará igual. Por eso la verdadera diversión es nuestra conversión en alguien otro, aquello que nos hace ser siempre distintos, sin dejar de ser nosotros mismos. Me divierte estar con quienes no me piden que me repita para garantizar su seguridad, para ser más previsibles o controlables. Los afectos nos transforman, pero muy especialmente los de quienes disfrutan diversificándonos. Entonces, cuando se es así, cuando eres así, puede venir a ser divertido cada detalle, cada situación. Y ya no precisamos sino vivir cada instante como irrepetible. Esa intensidad nos divertirá hasta hacernos realmente diversos, divertidos. Y, una vez más, tu cercanía contribuye a que cada situación lleve ese tono y ese color que ofrece el ocio, la recreación de uno mismo y de los otros, sin necesidad de que sea hoy fiesta. De que lo sea nos encargamos nosotros.

Afectos en conflicto

En ocasiones nos desconcierta lo que sentimos, lo que pensamos. Aunque en algún aspecto no nos consideramos directamente autores de ello, no podemos dejar de sabernos responsables de cuanto nos sucede. Tiene que ver con nosotros tanto que en cierto modo estimamos que es nuestra verdad, la verdad de quienes somos. Y a veces es contradictorio, incompatible o paradójico. Es nuestro y nos resulta algo en alguna medida incomprensible y, quizás, inaceptable. Podría llegar a ofrecerse como un conflicto entre nuestros afectos. Nuestro esfuerzo por hacerlos compatibles no deja de obtener buenos resultados. Y así serenamente compartimos una gran variedad de sentimientos en una riqueza de formas, de modos, de alcance no siempre clasificable. Puestos a ir lejos, en ocasiones conviven en nosotros disposiciones hacia otros bien singulares que, a pesar de nuestros esfuerzos, y esto es ya significativo, no parecen soportarse entre sí. Entre otras razones porque vienen a ser afectos que comportan relaciones, y éstas, a pesar de la riqueza y pluralidad que les otorgamos, no siempre tienen cabida conjunta en nuestras vidas. Son entre sí mal avenidas. Y no es que nos falte apertura, o comprensión, o flexibilidad. Ni siquiera es una cuestión de mayor o menor descaro, es que esos afectos no pueden coexistir sin dejar de ser afecto al otro. Y, en ese sentido, sólo sobrevivirían conjuntamente como exaltación de nuestro egoísmo. Y así, plurales, abiertos y flexibles, sin embargo nos encontramos en un conflicto de afectos que exige alguna decisión. No ignoramos que nos pueden llevar bien lejos sin dejar de perder su condición de afectos, ni que quizá cabría continuar así largo tiempo, pero algo, a veces precisamente la intensidad y la verdad de alguno de ellos, nos conduce a la tesitura de tener que decidir. No cuál abandonar. Tal vez nunca cesemos en ese afecto y muy singularmente a raíz de la decisión pero, de no hacerlo, entendemos que se iría diluyendo, abrasado por la consistencia de lo que nos convoca y nos llama.

Sería simplista decir que algo ha concluido. Al menos no siempre y del todo. De serlo, resultaría más fácil. En ocasiones, sencilla pero radicalmente, se ha modificado. Es un afecto, aunque de otro tipo, fraternal, solidario, compañero. Pero en esa modificación también se ha visto afectada la complicidad, la confianza, la sinceridad. Y por esa

afección que incide en los afectos es por lo que estimamos que eso no puede seguir así. Al menos, es lo que entendemos por momentos. Y ya no vale ampararse en la incertidumbre, ni en la perplejidad, ni en la dificultad para dejarse ir tirando, que es un modo de decir arrojando el vivir en un conformismo de supervivencia. Aun siendo comprensible, desde luego no es gratificante. Sin embargo está tan cargado de buenas razones que, no sólo por comodidad, no es infrecuente llevar la teoría de la compatibilidad hasta límites extremos. Y tampoco lo es que en caso de conflicto la decisión no se adopte basada en meros argumentos de afecto. No nos corresponde juzgarlo.

No es infrecuente que estas situaciones comporten sufrimiento, conflicto que no siempre se zanja con sesudos argumentos y largas disquisiciones. Tampoco lo es que sólo la decisión aporte más claridad y, lo que invita a las lógicas precauciones, que tras ella se vislumbre aún más evidente el error o la cadena de errores precipitada. Sin embargo, la intensidad y la entrega que requiere el afecto a alguien singular, concreto, que se encuentra ya en cuanto somos, pensamos y decimos, exige la valentía y el coraje de una apuesta sensata, cuidada, considerada, con los otros y con uno mismo. Pero acorde con lo que se siente hasta ocupar, no el sentido de cuanto vivimos, sino el ámbito en el que habita la fuente de la fuerza y la energía que precisamos para dar ese sentido. El conflicto de afectos no pocas veces nos llama a vivir de otra manera. Quizá con alguien otro. Pero no necesariamente.

Esbozo de una carta

Siempre me ha inquietado qué es lo que no te deja dormir, qué piensas cuando me dices que en nada, qué ves cuando pareces no mirar fijamente, qué sueñas cuando estás tan despierta. Y no espero una respuesta que aclare el enigma, el misterio de quién eres, de aquello que buscas, que persigues y que no se deja retener en formulación alguna. Nadie vivirá tu singular e irrepetible vida. Ningún afecto te hurtará de ti misma. Esa distancia me acerca a ti, la que dibujas cada día, tu libertad. No es sólo curiosidad o interés, es que querer es sentir con alguien aquello que no se deja decir. Y sin embargo, *con alguien* no significa en su lugar. Cuando intento ponerme en tu piel me conmuevo. Siento un desamparo muy mío y te encuentro valiente y fuerte. Y necesitada. No más que yo mismo. Quizá podamos acompañarnos pero habremos de vivir en esa herida tan nuestra.

Tal vez debería escribirte algo, a lo mejor una carta. Pienso que podría ser que es lo que hago una y otra vez. Incluso tengo dificultades para dar con tu dirección y no sé si te llegan mis palabras. Es como si estuvieras en algún frente, dirimiendo alguna contienda. Y me gusta hablarte de lo que he hecho, brevemente, como exige el formato. Y de cómo me encuentro, yo y los nuestros. Muy en especial nuestros hijos, los que quizá nunca tendremos. No pocas veces te siento deambular cerca. Estás a tus cosas, que también suelen ser las nuestras, o las de otros, que en tantas ocasiones haces tuyas. Te noto cerca pero es como si cualquier intervención mía te interrumpiera en tus caminos. Y, además, no está claro que sea necesario o conveniente. Quizás entonces bastara una tarjeta postal, con un detalle, con un afecto. Pero lo más desconcertante es que no acierto a pensar qué te mueve, qué te sostiene, qué te alienta. A lo mejor no es necesario que lo sepa. Deseo que tenga que ver conmigo. Ojalá yo impulse tus buenas razones y motivos. Me gustaría tener que ver con ellos. Espero ser significativo. Pero, en todo caso, tampoco eso es lo determinante, sino cómo estás, cómo te encuentras, cómo vives.

Hoy hemos hablado un buen rato. No sabría resumirlo. Ni siquiera se trataba de un tema concreto. No había asunto y sin embargo nos hemos dicho mucho. Si ahora busco escribirlo se diluye en un conjunto de frases y de anécdotas, pero sabemos que hemos hablado de verdad. Con todo, no se han hecho sino confirmar esas cuestiones.

Y ya cobra toda su fuerza y su verdad mi pregunta sobre ti. Quién eres no se interroga sobre tus peripecias, ni tu biografía, que conozco suficientemente, ni sobre tus gustos y proyectos. Me pregunto por ti y esa pregunta alienta todo mi afecto. Siempre sorprendente, no me atrevería a decir que ya te conozco, que sería tanto como admitir que no espero nada nuevo de ti.

Silenciosa dices tu palabra que se armoniza con nuestras conversaciones. Deseo que sepas más de mí y no tengo nada nuevo que aportar. Tal vez si te escribiera podría leer lo que no sé expresar. Pero no es seguro. Algunos días pienso que debería intentar un decir poético, buscar la palabra del poema, pero me siento desbordado. Trato de convivir con lo que hay de inaccesible en ti y sé que no te refugias, ni te escondes. Incluso en tu donación, cuando te das del todo, sin reserva, permaneces singular, tan tuya.

Y eso me agrada y me estimula. Pero, insisto, tal vez debería enviarte una carta que empezara diciendo que «siempre me ha inquietado qué es lo que no te deja dormir». Y, sobre todo, sería más directa, más sencilla, más breve que estas palabras. Y más cercana y entrañable.

Final sin fin

Fue Macedonio Fernández quien ya dejó dicho, para que podamos reiterarlo una y otra vez: «Huyo de asistir al final de mis escritos, por lo que antes de ello los termino». Que demos algo por terminado no significa que ya nada más sea viable o posible. El final no es necesariamente un acabamiento, ha de ser la apertura de otras posibilidades. Pero que no se acabe del todo no significa que no concluya en absoluto. Algo finaliza aunque no se dé el fin. Por ello siempre estamos de despedida pero nunca estaremos cuando en rigor nos despidamos del final, que ésa sí que es una despedida, el no tener ya posibilidad alguna.

Disponemos de una irrefrenable tendencia a levantar acta, a dejar dicho, a ofrecer dictámenes y conclusiones. No hemos de descartar los horizontes, las direcciones, las fuerzas que nos orientan y nos alumbran vías y caminos. Pero ir juntos es la única manera de estar en verdad juntos. *Juntos* no es nunca un lugar de residencia. *Juntos* no es jamás el aposento de nuestros deseos. Sólo cabe ser juntos mientras vamos hacia un fin en el que ya no estaremos. Si efectivamente podrá haber una conclusión, un resumen, no lo haremos nosotros. Al menos hacerlo será ya el principio del fin.

Este sin fin no habla simplemente de una desorientación. Señala más la necesaria inquietud permanente. *Juntos* es también la incesante búsqueda de quien ya te acompaña, sin que quepa el encuentro definitivo. Si vamos, no es para tomar posesión de lo que se consigue, es para tener fuerzas para encaminarnos. Por ello, si de algún fin cabe hablar es del que ya está inscrito en cuanto somos y hacemos. Ni tomaremos posesión del país natal, ni nos tendremos definitivamente. Pero gozaría de persistir a tu lado.

No hay himno final. En la pantalla de la vida no se da un abrazo que suture o bese bajo los títulos de crédito. Es preciso proseguir. Pero, y esto es lo determinante, parecemos estar en condiciones de hacerlo. El afecto no es la clausura de alguien en los brazos de nuestra voluntad. De algún modo es una suerte permanente de despedida, más o menos anticipada. No es una adquisición, es un despojamiento. Sin embargo, gracias a él irrumpen modos inauditos de encuentro. Siempre, en cada momento, en cada situación, en cada día, algo concluye. Y ello responde a que la vida vivida está viva aunque ya

haya terminado. Pero no es su fin. Es la gran ocasión, la mejor oportunidad, la que nos abre un nuevo día posible. Puede resultar cansino que no se dé una instalación definitiva de nuestra voluntad y de nuestro deseo, ni siquiera en una plataforma de nuevos lanzamientos. Es el final del texto quien se entrega a la apertura de las lecturas y de las elecciones. Y para ello te necesito también.

Quizá tú eres mi final. Mi final sin fin. Precisamente por ello no me darás reposo definitivo ni claudicarás ante lo que ya soy. No supondrás asentado ni siquiera lo que he venido siendo. Todo se reescribe junto a ti. Y no con un objetivo que saque renta, ni afectiva ni emocional, de cuanto ya somos, sino que saboree que aquí se encuentra cuanto cabe esperar. No dado, ni clausurado. Desafiante, atractivo, enigmático, me gusta este final, mi final contigo, no porque durará siempre, sino porque será mientras no tenga ya un fin dado, cerrado, terminado, escrito. Llega el final, aunque no acabemos.

Sobre el autor

A Ángel Gabilondo Pujol le gusta decir que es de San Sebastián, y no sólo porque allí nació, aunque vive en Madrid, que es ya su ciudad. Es catedrático de Metafísica en la Universidad Autónoma de la que ha sido rector durante siete años. En la actualidad es ministro de Educación. Amigo de la palabra y de las palabras, aunque no sólo, las entiende en su dimensión más íntima y más pública. Ha colaborado en diversas revistas y medios de comunicación (*La Vanguardia, Psychologies, La noche menos pensada* de RNE…) y ha participado en conferencias, jornadas, seminarios, congresos y encuentros diversos. Ha publicado, traducido y editado numerosos textos, artículos y libros, pero insiste en que, aunque ama la escritura, no se considera escritor. Entre sus libros se encuentran los titulados *Dilthey: vida, expresión e historia* (1988), *El discurso en acción (Foucault y una ontología del presente)* (1990), *Trazos del eros. Del leer, hablar y escribir* (1977), *Menos que palabras* (1999), *La vuelta del otro. Diferencia, identidad y alteridad* (2001) y *Mortal de necesidad. La filosofía, la salud y la muerte* (2003), *Alguien con quien hablar* (Aguilar, 2007) y *Sin fin* (Aguilar, 2011).

© 2011, Ángel Gabilondo
© 2014, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Algunos textos del presente libro se publicaron inicialmente en la revista *Psychologies* (edición española)
ISBN ebook: 978-84-03-13189-7
Diseño de cubierta: Opal/Works
Conversión ebook: Víctor Igual, S. L.

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Sin fin
Declaración
No tengo palabras
Mi madre la noche
Adolescente y en francés
Va por ti, va por vosotros
Necesito de ti
Compartimos convicciones
Heredar posibilidades
El día de la ausencia
El miedo de que sea verdad
Abandonar la cuna
Esto no tiene sentido
Tu austero decir
Con camisa blanca
El deseo de ser pez
Esa mirada perdida
En todo cuanto veo
Peligro de recomendación
Ella
Lo que nos pasa
La necesaria brevedad
Querer decir algo
Dormir a tu lado
Con integridad y entereza
Plácidamente
Seguir adelante
Los resúmenes al final
La casa buscada
El trabajo bien hecho
Nuestra mesa
Nos faltan
Un estilo singular
Vámonos
Desencuentro con palabras
Saber luchar
Sentir tu dolor
Tener que ver con alguien
Recibir y dar
Ningún acto basta

Somos hijos
Sin fin
Te reconozco
Saber divertirse
Afectos en conflicto
Esbozo de una carta
Final sin fin
Sobre el autor
Créditos